JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

# Inmaculada

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1922

# INMACULADA

# INMACULADA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

---

Estrenada en el TEATRO REY ALFONSO el día 7 de diciembre de 1921



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, M 551

1922

*A mi querido y admirado amigo D. José Ballester, en testimonio de verdadero afecto y simpatía,*

*F. Fernández del Villar.*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| MARÍA CONCEPCIÓN........... | Hortensia Gelabert. |
| MERCEDES...................... | Joaquina Almarche. |
| DOÑA REMEDIOS................ | Amparo Astort. |
| MARTINA......................... | Nieves Suárez. |
| DOÑA ANTONIA...... ......... | Concepción Villar. |
| GUADALUPE...................... | Pura Mareca. |
| ROSARIO.......................... | Margarita Gelabert. |
| EL PADRE MIGUEL.... ........ | Emilio Thuillier. |
| CARLOS VILLANUEVA...... ... | Julio Villarreal. |
| FRANCISCO............. ....... | Juan Aguado. |
| HIGINIO........................... | Juan Orduña. |
| POLILLA........................... | Salvador Mora. |
| JUAN PABLO..................... | Miguel Gómez. |
| DON ANGEL...................... | Juan M. Román. |
| SALGADO.......................... | Maximino Fernández. |

La acción en Fontanares, pueblo imaginario de Andalucía.

Epoca actual.

# ACTO PRIMERO

Planta baja de la casa rectoral que ocupa en Fontanares el Padre Miguel, cura párroco del pueblo. En el centro del foro un amplio ventanal, con reja de hierro y doble cierre de cristales y de madera; y hacia la derecha una puerta practicable de cristales de colores. Por el ventanal y por la puerta se verá un huerto, alegre y frondoso. Entre la puerta y el ventanal, bajo un dosel, un Cristo crucificado, de talla, y un reclinatorio. A la derecha una salida que se supone conduce a las habitaciones particulares del Padre Miguel y su familia; y a la izquierda otra, que comunica con la sacristía y con la iglesia. Suelo de madera. Repartidas por la escena varias sillas y un par de mecedoras de rejilla. A la izquierda una mesa con servicio para escribir, libros y papeles, y un sillón de vaqueta. Sobre la mesa pende del techo una lámpara antigua. En el testero de la izquierda un cuadro, de asunto religioso. Techo artesonado. Comienza la acción a las cuatro de la tarde de un caluroso día del mes de Julio.

—

(Al levantarse el telón, aparece la estancia envuelta en una grata penumbra; entornados los cierres del ventanal y cerrada la puerta del foro. Del huerto llegan hasta la escena agradables efluvios y el dulce rumor de un surtidor parlero. El PADRE MIGUEL, un venerable sacerdote, de sesenta años, vestido con las ropas talares, duerme sentado en el sillón de vaqueta, con el bonete entre las manos, y ronca como un bendito. En el huerto, JUAN PABLO, el sacristán, canta copla tras copla:

*«Me están dando tentaciones*
*de no mirarte a la cara*
*por tus malas condiciones.»*

*«No tiene más que una farta;*
*que en cuantito que le pego*
*se pone a yamá a la guardia.»*

*«Entrañitas mías*
*siéntate a mi vera,*
*que te tengo de contá*
*la má de cositas güenas.»*

(Por la izquierda sale MARTINA, una vieja criada del Padre Miguel, vestida pobremente, con un pañuelo atado a la cabeza y un escobón en la mano. Al ver dormido al Cura, se dirige, andando de puntillas, hacia la puerta del foro, la abre y desde allí, llama a gritos al Sacristán, que sigue cantando.)

**Martina.** ¡Juan Pablo!... ¡Juan Pablo!... ¡Demonio colorao!... ¡Demonio de tós los demonios! ¡Juan Pablo!

**Juan Pablo.** (Dentro.) ¿Qué?

**Martina.** ¿Te quieres cayá, condenao?

**Juan Pablo.** (Dentro.) ¿Eh?

**Martina.** (A grito herido.) ¡Que si te quieres cayá!

**Juan Pablo.** (Dentro.) ¡Ah, güeno! (Cantando.)

*Me están dando tentaciones...*

**Martina.** (Con energía.) ¡Juan Pablo!

**Juan Pablo.** (Apareciendo al cabo de un rato por la puerta del foro.) ¿Qué pasa? (Juan Pablo, sacristán de la parroquia de Fontanares, es un mozo de veinticinco años, con más de pillo que de persona decente, a pesar del cargo que desempeña. Lleva puesto un traje raído y sucio y en la mano trae una regadera.)

**Martina.** (Remedándole.) ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? (Con indignación.) ¿No estás viendo que er Padre está dormío y que lo vas a despertá con tus cánticos, peaso e bruto?

**Juan Pablo.** Comadre, ¿yo qué ví a vé si estoy de la parte afuera? Pero cuando usté no lo ha despertao con sus voses es que ar Padre no lo dispierta ni un pá de cañonasos.

**Martina.** ¿Qué hasías?

**Juan Pablo.** Regaba los rosales der huerto. María Consersión me ayudaba.

**Martina.** Pos deja a María Consersión que los riegue eya sola y ven tú conmigo a la iglesia, que ya está barrío y fregao er suelo y la limpiesa e los santos es cuenta tuya.

**Juan Pablo.** ¡Vamos ayá! (Al pasar cerca del Padre Miguel, da éste un fuerte ronquido. Juan Pablo mira a Martina.) ¿Eh? ¡Pa que lo dispierte una copliya!

**Martina.** (Contemplando al Padre Miguel con profunda admiración.) ¡Es un santo!

**Juan Pablo.** (Con ironía.) ¡San Roque Bendito!

(Salen los dos por la izquierda. Pequeña pausa. Por la derecha

aparece DOÑA REMEDIOS, mujer de cuarenta y tantos años, hermana del Padre Miguel. Viste un traje de casa, oscuro y vaporoso, y continuamente se da aire con un abanico que trae en la mano)

**Doña Remedios.** ¡Madre del Amor Hermoso, qué calor! ¡Es no poder vivir ni respirar ¡Y esa pícara niña al sol todo el día, que va a coger un tabardillo! (Asomándose a la puerta del foro.) ¡Inmaculada! ¡María Concepción!

**María Concepción.** (Dentro) ¿Madre?

**Doña Remedios.** ¡Ven aquí, mujer, ven aquí!

(Doña Remedios se sienta en una de las mecedoras. Por el foro aparece MARÍA CONCEPCIÓN; una linda muchacha de dieciocho abriles, vestida de blanco. En las manos lleva un brazado de rosas menos fragantes y bellas que su cara.)

**María Concepción.** ¿Me llamabas, madre?

**Doña Remedios.** ¡No sé cómo no se te derriten los sesos, hija mía!

**María Concepción.** Cortaba estas rosas para la Virgen. Y tú, ¿no has dormido?

**Doña Remedios.** ¡Dormir! ¡Cualquiera duerme con tanto calor y tantas moscas!

**María Concepción.** (Soltando sobre la mesa el brazado de rosas) Pues el tío bien que ronca a pesar de las moscas y del calor. ¡Míralo! ¡Qué expresión de bienestar! Y se lo están comiendo vivo las condenadas. (Espantando a las moscas con su pañuelo.) ¡Vamos, vamos!

**Doña Remedios.** ¡Eso es! ¡Echamelas a mí!

**María Concepción.** No ha sido mi intención, madre.

**Doña Remedios.** Pues déjalas y no las soliviantes. ¡Que le piquen al tío, ya que él no lo siente!

**María Concepción.** ¡Por Dios, madre! ¡Pobre tiíto!

**Doña Remedios.** No olvides que en esta vida casi siempre que se intenta hacer un bien a uno es a costa de perjudicar a otro.

**María Concepción.** ¡Qué teoría! ¡Así que no se pueden hacer pocos bienes que a nadie perjudiquen!

**Doña Remdios.** Pues este de las moscas ya ves que va directamente en mi contra. ¡Déjalas, déjalas tranquilas!

**María Concepción.** Como quieras. (Se sienta.) ¿Y Mercedes?

**Doña Remedios.** Durmiendo tan ricamente. ¡La envidio! Yo, en cambio, no he podido ni pegar un ojo. Y no será por falta de sueño, que me caigo a pedazos, pero con este calor yo no puedo dormir. ¡Qué pueblo, hijita! ¡Ay! ¿Cuándo querrá Dios sacarnos de este infierno? ¡Madrid de mi alma!

**María Concepción.** ¡Sí, que en Madrid no hace calor!

**Doña Remedios.** Pero no hay moscas.

**María Concepción.** ¡Apenas!

**Doña Remedios.** Y si las hay, son más sociables que éstas de Fontanares; no molestan.

**María Concepción** Eso puede ser. Al fin, moscas cortesanas...

**Doña Remedios.** ¡Mira qué guasoncita estás! (El Padre Miguel ronca.) ¡Ay! ¡Me pone nerviosa Miguel con esos ronquidos! (Alzando la voz.) ¡Miguel!

**María Concepción.** ¡No lo despiertes, mamá!

**Doña Remedios.** ¡Como que lo voy a dejar que siga roncando! ¡No, hija mía! Además, que me da mucha envidia verlo dormir cuando yo no consigo ni entornar los párpados. ¡Miguel!

**María Concepción.** Lo de aquél: si yo no duermo mal sueño le de Dios a todo el mundo. Eres el perro del hortelano.

**Doña Remedios.** ¿A ver si te zurro, monjita? ¡Que estás hablando con tu madre!

**María Concepción.** (Con sincero arrepentimiento.) Perdóname. (María Concepción se levanta y le da a su madre un beso en la frente. El Padre Miguel abre los ojos, bosteza, se despereza un rato, vuelve a bostezar y se frota los párpados con el dorso de la mano.)

**Doña Remedios.** ¡Mira, mira qué delicioso despertar tiene tu tío! (Al Padre Miguel.) ¡Restriégate, hijo, restriégate!

**Padre Miguel.** (Bostezando.) ¿Estáis ahí?

**Doña Remedios.** Aquí estamos, hartas de verte agujerear el techo.

**Padre Miguel.** Pues no dormía.

**Doña Remedios.** ¡Cá!

**Padre Miguel.** Me había quedado embelesado...

**Doña Remedios.** ¡Dichoso embeleso! ¡Así me lo dé Dios!

**María Concepción.** Di que te ha despertado por envidia. Como ella no puede coger el sueño...

**Padre Miguel.** ¿Ah, sí?

**Doña Remedios.** Si no se lo dices, revientas. ¡Qué pícara costumbre de charlarlo todo!

**María Concepción.** (Arrepentida.) Perdóname.

**Doña Remedios.** ¡Ya estamos! Con decir: «perdóname» crees tú que todo lo arreglas.

**Padre Miguel.** No la regañes, mujer. Hace bien la muchacha en no mentir.

**Doña Remedios.** Pero hace mal en hablar cuando no le preguntan.

**Padre Miguel.** (A María Concepción.) Abre esa ventana a ver si entra un poco de brisa. Se asfixia uno con tanto calor.

**Doña Remedios.** ¡No me hables de calor, que estoy negra!

**Padre Miguel.** Aprieta de firme este verano.

**Doña Remedios.** Aprieta que ahoga. Y ni aún por las noches refresca. ¡Qué pueblecito te ha tocado en suerte!

**Padre Miguel.** ¡Calurosillo es!

**Doña Remedios.** ¡Un infierno!

(María Concepción ha abierto de par en par el ventanal del foro. La escena se inunda de claridad.)

**Padre Miguel.** (Levantándose, poniéndose frente a la ventana y respirando a pleno pulmón.) ¡Vamos! Esto ya es otra cosa. ¡Se respira!

**Doña Remedios.** El que no se consuela es porque no quiere.

**María Concepción.** (Cogiendo el brazado de rosas que dejó sobre la mesa.) Yo voy a ponerle estas rosas a la Virgen. (A su tío.) Luego vendré por ti para que vayamos a dar nuestro paseíto. ¿Te parece?

**Padre Miguel.** Conforme.

**María Concepción.** ¿Tú me necesitas para algo, mamá?

**Doña Remedios.** Yo, no.

**María Concepción.** ¡Hasta ahora, entonces!

(Se marcha por la izquierda. El Padre Miguel se sienta en la otra mecedora frente a doña Remedios.)

**Padre Miguel.** ¿Qué cuentas, hermana?

**Doña Remedios.** Los días que llevo sin dormir, que son siete con hoy.

**Padre Miguel.** ¡Vaya por Dios! ¡Mal te prueba el pueblo, mujer! No te aclimatas, a pesar de que hace ya unos años que vives aquí.

**Doña Remedios.** No me aclimato; bien puedes decirlo.

**Padre Miguel.** ¿Es que quieres marcharte, que quieres volver de nuevo a Madrid? En libertad estás de hacer lo que gustes.

**Doña Remedios.** Sí, pero como tú dices que no puedes ayudarnos con nada material...

**Padre Miguel.** Eso, desde luego. Cuando murió tu marido, ya te lo anuncié. Mi casa y mi mesa están a vuestra disposición; un pedazo de pan que yo me coma lo compartiré con vosotras. Y gustosas aceptasteis mi ofrecimiento y gustosas os vinisteis al pueblo. Así, al menos, lo creí yo entonces.

**Doña Remedios.** ¿Qué ibamos a hacer? Pero ya comprenderás que esta vida es muy distinta de la que siempre hemos llevado. A María Concepción, con su monjío lo mismo le da, pero a Mercedes y a mí, nos aplasta como una losa de plomo.

**Padre Miguel.** Lo tuyo no me extraña, ya que siempre fuiste muy dada a las cosas del mundo, pero en Mercedes, que aquí ha encontrado un hombre que la quiera, que se ha casado aquí y aquí tiene su hogar, sí me sorprende que se encuentre aburrida. Una mujer casada tiene el deber de ser feliz al lado de su marido.

**Doña Remedios.** Al lado de su marido; tú lo has dicho. Pero, ¿cuándo está su marido al lado de Mercedes? Francisco es un huésped en esta casa. ¿Tú no lo ves? No viene más que a las horas de comer y dormir, y el resto del día se lo pasa en el Casino en compañía de sus amigotes. ¿Cómo quieres que sea feliz la muchacha? Aparte la desigualdad de temperamentos, que de eso también habría mucho que hablar. Mercedes es una criatura delicada y Francisco un barbarote que no sabe tratarla ni comprenderla.

**Padre Miguel** ¿Y cómo antes no lo vió?

**Doña Remedios.** Lo vió; pero, ¿qué podía hacer?

**Padre Miguel.** ¿Cómo que qué podía hacer? No casarse. ¿La forzó nadie a ello?

**Doña Remedios.** Forzarla, no; pero como a ti te parecía bien el mozo y te estábamos tan agradecidas, por no contrariarte ..

**Padre Miguel.** ¡Oh, no, Remedios; eso, no! Tu hija se casó plenamente enamorada de Francisco. Yo en nada intervine. A mí no se me tomó parecer hasta que las relaciones iban muy avanzadas. Y dí mi opinión, franca y leal, como se me pedía. Dije y sostengo que Francisco era un muchacho formal, trabajador y honrado, pero no dije más. ¡De eso a querer cargar sobre mí la responsabilidad de ese matrimonio, va un mundo, Remedios!

**Doña Remedios.** Pues ya ves en lo que han parado el trabajo, la honradez y la formalidad de Francisco.

**Padre Miguel.** ¿Y quién tiene la culpa?

**Doña Remedios.** La tendré yo acaso.

**Padre Miguel.** Tú, no; pero sí Mercedes.

**Doña Remedios.** ¿Mi hija?

**Padre Miguel.** Si ella hubiese sabido atraerle, tal vez Francisco no haría lo que hace.

**Doña Remedios.** ¡Vamos! ¡Es el colmo que te pongas mejor de parte de un extraño qus de tu propia sobrina!

**Padre Miguel.** ¡No digas tonterías, mujer!

**Doña Remedios.** ¡Insúltame, además!

**Padre Miguel.** ¡Dios me libre de semejante pecado!

**Doña Remedios.** ¡Mejor será que no sigamos hablando, Miguel!

**Padre Miguel.** Sí, mejor será; porque está visto que contigo es imposible discutir. En cuanto no se te lleva la corriente te vas por los cerros de Ubeda.

**Doña Remedios.** ¡Si estoy loca!

**Padre Miguel.** No diré yo que lo estés, pero sí que lo pareces en ocasiones. (Levantándose al oir rumor de pasos en el huerto.) Alguien llega. (Abre la puerta del foro, y, después de reconocer a los que se acercan, le dice a su hermana:) Es la Marquesa de Morán con su hijo.

**Doña Remedios.** (Levantándose con ánimo de quitarse de enmedio.) Pues yo no estoy vestida como para recibir visitas de esa índole... No me parece correcto presentarme así.

**Padre Miguel.** (Siguiendo el tono confidencial.) Menos correcto es que te marches ahora después de que te han visto. (En voz alta a los recién llegados.) ¡Adelante, doña Antonia! ¡Pasen ustedes! ¡Tanto bueno por aquí!

(Por el foro entran DOÑA ANTONIA, Marquesa de Morán, y su hijo HIGINIO. Doña Antonia es una respetable señora de cincuenta años, con el pelo gris, y su hijo un mozalbete de veinte primaveras. Ambos son simpáticos y de noble presencia.)

**Doña Antonia.** Usted nos ha de dispensar, señor cura, la hora en que venimos, que ya comprendo yo que no es la más apropiada, pero ..

**Padre Miguel.** ¡Señora, por Dios! Usted a su casa viene siempre a buena hora.

**Doña Antonia.** Muy amable. (Saludando a doña Remedios.) ¿Qué tal, doña Remedios?

**Doña Remedios.** Sin novedad. ¿Y usted, señora?

**Doña Antonia.** Bien, gracias a Dios.

**Doña Remedios.** Perdone usted que la reciba de esta forma...

**Doña Antonia.** ¡No faltaba más!

**Padre Miguel.** (A Higinio.) ¿Qué hay, muchacho?

**Higinio** (Secándose con su pañuelo el sudor que le corre por la frente.) ¡Pues ya ve usted! ¡Calor!

**Padre Miguel.** ¡Y que lo digas!

**Higinio.** (Saludando a doña Remedios.) ¡Señora..!

**Doña Remedios.** Dios le guarde, Higinio.

(Se sientan todos.)

**Doña Antonia.** ¿Y las niñas?

**Doña Remedios.** Ahora vendrán. María Concepción está en la iglesia poniéndole flores a la Virgen y segu-

ramente rezando sus oraciones, que no se acaban nunca, y Mercedes arriba. Ahora vendrán.

(Por la izquierda sale MARTINA.)

**Martina.** ¡Con licencia de los señores! ¡Santas y güenas tardes nos dé Dios!

**Doña Antonia.** ¡Hola, Martina!

**Martina.** Dios bendiga a la señora marquesa. ¿Cómo está la señora marquesa?

**Doña Antonia.** ¡Ahí vamos! Y tú, ¿cómo estás?

**Martina.** Pa serví a la señora marquesa.

**Doña Antonia.** Gracias, mujer.

**Martina.** ¿Er reuma de la señora marquesa?...

**Doña Antonia.** Dando menos que hacer, afortunadamente.

**Martina.** ¡Cuánto me alegro! ¿Los riñones de la señora marquesa?...

**Doña Antonia.** Más aliviados también, gracias a Dios.

**Martina.** ¿El hígado de la señora marquesa...?

**Doña Remedios.** ¡Martina!

**Padre Miguel.** ¡Martina!

**Doña Antonia.** ¡Déjenla ustedes!

**Martina.** Ya sabe la señora marquesa cuánto me intereso yo por toas sus cosas.

**Doña Antonia.** Lo sé, Martina, lo sé.

**Padre Miguel.** Pero interesarse por sus cosas no es ir preguntándole por sus males uno por uno. ¿No lo comprendes, Martina?

**Martina.** Una, en su deseo, señor cura... Dispénseme la señora marquesa si he metío la pata.

**Doña Antonia.** ¡Que no, mujer, que no!

**Martina.** Una, en su irnoransia...

**Doña Remedios.** (Echándole un capote.) ¡Vamos! Llégate arriba y dile a la señorita Mercedes que están aquí doña Antonia y su hijo; que haga el favor de bajar.

**Martina.** Ya mismito. Lo que ustedes me manden. Y dispénseme la señora marquesa si he fartao.

**Doña Antonia.** En nada, mujer.

**Doña Remedios.** Anda, anda a lo que te he dicho.

**Martina.** ¡Con lisensia de los señores! Santas y güenas tardes nos dé Dios.

**Doña Antonia.** ¡Adiós, Martina!

(Vase Martina por la derecha.)

**Padre Miguel.** ¡Es famosa!

**Doña Remedios.** Y más cumplida que un luto.

**Doña Antonia.** ¡Buena mujer parece!

**Padre Miguel.** ¡Un alma de Dios! Infeliz donde las haya infelices.

**Higinio.** (Sacando su petaca y ofreciéndole tabaco al Padre Miguel.) ¿Un cigarro, Padre Miguel?

**Padre Miguel.** Venga. Echaremos humo. (Coge un cigarro. Higinio saca otro, los encienden y fuman los dos. Breve pausa.)

**Doña Antonia.** ¿Y qué hay, señor cura, del célebre cuadro de Murillo, de ese admirable hallazgo del gran don Anselmo?

**Padre Miguel.** Pues nada nuevo que yo sepa, señora. *Polilla* es quien se ocupa de eso.

**Doña Antonia.** ¿*Polilla*?

**Padre Miguel.** Don Anselmo, a quien llamamos *Polilla* en el terreno amistoso y particular, por su desmedida afición a meterse entre el polvo.

**Doña Antonia.** Qué raro es—¿verdad?—el que haya aparecido un Murillo en este pueblo ignorado.

**Padre Miguel.** Raro, no. La labor de Murillo, como la de Valdés Leal, como la de tantos otros artistas eminentes, anda repartida casi toda por las iglesias y conventos de Andalucía. Puede decirse que la parte menor de esa riqueza incalculable es la que se conserva en los museos.

**Doña Antonia.** ¡Y qué fortuna para don Anselmo haber dado con la joya!

**Padre Miguel.** Eso, sí. En la sacristía de esta iglesia estaba desde tiempo inmemorial la Divina Inmaculada, sin que nadie hubiese parado mientes en ella.

**Doña Antonia.** Dicen que va a venir un pintor de Madrid a restaurar el cuadro. ¿Es verdad?

**Padre Miguel.** Eso dice *Polilla*. Y habrá que creerlo, porque *Polilla* es un hombre tan extraordinario que, sin haberse movido de Fontanares, trata y conoce a todo bicho viviente. A vueltas anda ahora con el director de Bellas Artes para que le envíe un pintor. ¡Y lo conseguirá, seguramente! Aunque no sea más que por dejar de recibir cartas suyas a diario, el director de Bellas Artes no tendrá otro recurso que complacerle en su deseo. Porque hay que advertir que el tal don Anselmo, dicho sea sin ánimo de ofenderle, además de *Polilla* es chinche. ¡Y de las gordas, de esas molestísimas que no se van sin levantar roncha! Ustedes llevan poco tiempo en el pueblo y no lo saben, pero ya se enterarán...

**Doña Antonia.** ¿Quién podía pensárselo? (Viendo a MERCEDES que sale por la derecha.) ¡Ah! Mercedes. (Se levanta para saludarla. Higinio se levanta también. Mercedes es una linda muchachita de veinticinco años, fresca y garrida. Viste un traje de casa de tonos claros.)

**Mercedes.** (Saludando a la marquesa y a su hijo.) No se muevan; no se molesten. ¡Por Dios! ¿Cómo va, señora? ¿Y usted, Higinio? Siéntense ustedes, hagan el favor de sentarse.

**Doña Antonia.** (Buscando un asiento para Mercedes.) ¿Y usted?

**Mercedes.** (Señalando una silla desocupada.) Aquí mismo. Aunque bien mirado mejor estaríamos en el huerto. Ya el sol va de caída y aquí hace demasiado calor. ¿No les parece?

**Doña Antonia.** Por mí, como ustedes gusten.

**Doña Remedios.** Podemos ir al huerto.

**Padre Miguel.** No hay inconveniente.

**Doña Antonia.** ¿Y su esposo, Mercedes?

**Mercedes.** Bien. Muchas gracias, señora.

**Doña Remedios.** (Invitando a doña Antonia a salir por la puerta del foro.) Pase usted, doña Antonia.

**Higinio.** Digo, mamá, que con el permiso de ustedes, yo me voy a quedar aquí un momento con el señor cura. Necesito hablarle.

**Doña Antonia.** Como quieras, hijo.

**Higinio.** (Dirigiéndose a doña Remedios y a Mercedes.) Ustedes me perdonan ¿no?

**Doña Remedios.** ¡No faltaría más!

**Higinio.** En seguida vamos.

**Doña Remedios.** (Invitando de nuevo a la marquesa a salir por la puerta del foro.) ¿Doña Antonia?...

**Doña Antonia.** De ninguna manera; usted delante.

(Salen por el foro animadamente doña Remedios, doña Antonia y Mercedes.)

**Higinio.** Y usted me disculpe, Padre Miguel.

**Padre Miguel.** De nada, muchacho. Tú me dirás. ¿De qué se trata?

**Higinio.** Mejor haría usted preguntándome de quién se trata.

**Padre Miguel.** ¡Ah! Pues por eso no pases cuidado. Yo te pregunto como quieras. (Con un leve dejo de ironía.) ¿De quién se trata?

**Higinio.** ¡Se trata de María Concepción!

**Padre Miguel.** ¿De mi sobrina?

**Higinio.** De María Concepción, que me ha vuelto el juicio y me tiene desesperado y loco.

**Padre Miguel.** (Echándolo a broma.) ¡Pobre Inmaculada! ¡Y tan inocente como estará ella de ese estrago que ha producido!

**Higinio.** ¡Lo sabe!

**Padre Miguel.** (Alarmado.) ¿Que lo sabe?

**Higinio.** Para una mujer no puede pasar inadvertido el amor de un hombre.

**Padre Miguel.** Pero, ¿tú ignoras que mi sobrina va a profesar dentro de un mes, que ha hecho voto de consagrar su vida a Dios?

**Higinio.** ¡Y ese es el favor que quiero pedirle, Padre Miguel! ¡Que influya usté con ella para que desista de su propósito!

**Padre Miguel.** Exijes de mí tal vez lo único que yo no puedo hacer. Si Dios la llama, ¿cómo quieres que me oponga o que influya en su ánimo para que la voluntad de Dios no se cumpla? ¡Compréndelo, Higinio!

**Higinio.** (Con tristeza.) ¡Es verdad! ¡Decididamente debo perder toda esperanza!

**Padre Miguel.** (Viendo a María Concepción que se acerca por la izquierda.) ¡Ella!

(Por la izquierda sale MARÍA CONCEPCIÓN.)

**María Concepción.** ¿Me he tardado, tiíto? ¡Razón tienes para estar enojado! (Advirtiendo la presencia de Higinio.) ¡Higinio! ¡Que Dios le guarde! (Se estrechan las manos en silencio.) ¿Hace mucho que está usted aquí?

**Higinio.** Hace un rato.

**María Concepción.** ¿Y su madre?

**Padre Miguel.** En el huerto. Han venido a visitarnos. ¿No sabes?...

**María Concepción.** ¿Ah, sí? ¡Corro a saludarla!

**Higinio.** ¡Un momento, María Concepción!

**María Concepción.** (Deteniéndose sorprendida.) ¿Cómo?

**Higinio.** Un momento. (Y mira al Padre Miguel, suplicándole con los ojos que se aleje.)

**Padre Miguel.** ¡Comprendido! (¡Que sea lo que quiera Dios!) (Vase por el foro.)

**María Concepción.** (Inquieta.) ¿Qué pasa?

**Higinio.** Que yo deseaba hablar a solas con usted breves instantes, y su tío, bondadosamente, se ha prestado a ello.

**María Concepción.** ¿Mi tío?

**Higinio.** Ya lo ha visto usted; pone los medios para ver si consigo convencerla.

**María Concepción.** Es inútil, Higinio, todo cuanto usted intente. Mi resolución es inquebrantable. Y crea usted que me causa un profundo dolor tenerle que hablar con esta crudeza; pero no quiero que, ni por un momento acaricie usted la idea que a la larga han de convencerme sus razones. Yo le estimo a usted, le aprecio, le agradezco el interés que le inspiro, le quiero como a un hermano, pero nada más.

**Higinio.** ¿Nada más, María Concepción?

**María Concepción.** Nada más.

**Higinio.** (Con exaltación.) María Concepción, piense

usted que mi felicidad está en sus manos y que usted, a sabiendas, la destroza.

**María Concepción.** Basta, Higinio; no sigamos hablando.

**Higinio.** ¿Teme usted que pueda flaquear su voluntad?

**María Concepción.** (Sonriéndose tristemente.) Temo hacerle mal y, por caridad, le pido que callemos. Mi voluntad no puede flaquear nunca, porque Dios la sostiene. ¡Hasta ahora, Higinio! (Vase por el foro. Higinio la ve marchar con tristeza.)

(Por la izquierda sale POLILLA, un hombre de cuarenta y tantos años, sucio y mal trajeado. En la boca lleva, constantemente apagada, una colilla de puro.)

**Polilla.** (Sorprendido al encontrarse a Higinio en la actitud en que está.) ¿Qué haces ahí, muchacho? ¿Qué te pasa? ¿Te ha dado de nuevo calabazas la monjita? ¡Vamos, hombre! Con tus años y tu tipo quisiera yo verme despreciado por una mujer. (Señalando poca altura.) ¡Así se iba a quedar don Juan Tenorio! ¡No pienses tonterías! Si una no te quiere, ciento habrá que se mueran por tus pedazos. (Higinio permanece abstraído, en vista de lo cual, Polilla cambia de conversación.) ¿Y la gente de esta casa? ¿Dónde se ha metido?

(Por el foro aparece el PADRE MIGUEL.)

**Padre Miguel.** ¡Higinio! (Advirtiendo la presencia de Polilla.) ¡Caramba! ¡Polilla! ¿Tú aquí? (Higinio se sienta en un extremo de la escena en actitud pensativa.)

**Polilla.** ¿Tan extraño es verme?

**Padre Miguel.** Tan extraño es verte a estas horas.

**Polilla.** Pues aquí estoy a traerte la gran noticia. ¡Ha llegado el pintor!

**Padre Miguel.** (Sin inmutarse.) No me sorprende nada. A este y a su madre se lo decía yo hace unos instantes: Polilla conseguirá que venga el pintor y que venga hasta el Ministro de Instrucción pública.

**Higinio.** El Ministro de Instrucción pública no había para qué, porque no entiende de eso ni de nada; ¡por algo es Ministro de Instrucción!

**Padre Miguel.** ¡Qué lengüecita!...

**Polilla.** Pero el pintor ya ha venido. Y nada menos que Carlos Villanueva, un primera medalla, una firma cotizable en el mundo entero. ¡Se ha portado Bonifacio esta vez!

**Padre Miguel.** ¿Quién?

**Polilla.** Bonifacio, el director de Bellas Artes.

**Padre Miguel.** Pero hombre, si no le has visto en tu vida ni él a ti.

**Polilla.** ¡Pues nos tuteamos!

**Padre Miguel.** ¡Eres único!

**Polilla.** En la fonda he dejado al mozo—porque es un mozo el tal Villanueva—, quitándose el polvo del viaje, y he corrido aquí para avisaros de su llegada.

**Padre Miguel.** Lo has debido traer contigo.

**Polilla.** Era de protocolo primero el anuncio que la presentación. Ahora vuelvo por él. Ansío por momentos que vea el cuadro, Miguelín, porque si por una de esas raras casualidades yo me hubiese equivocado y no resultase un Murillo... ¡Vaya torta!

**Padre Miguel.** La que te enviaba por telégrafo Bonifacio a cuenta de haberle puesto en ridículo. Porque de este asunto se han ocupado ya hasta los periódicos.

**Polilla.** No me llega la camisa al cuerpo. Pero no creo. ¡Es un Murillo; desde luego, es un Murillo!

**Padre Miguel.** Sí, hombre, sí; es un Murillo. No te preocupes.

**Polilla.** ¡Corro por Villanueva! (Y sale de estampía por la izquierda.)

**Padre Miguel.** (Volviéndose hacia Higinio, que permanece preocupado y pensativo.) ¿Y a ti qué te ocurre, chiquillo?

**Higinio.** (Con exaltación nerviosa.) Padre Miguel, es preciso que usted me aconseje sobre algo de una importancia trascendental para mí.

**Padre Miguel.** (Alarmado por el tono de las palabras y por la actitud de Higinio.) ¿Qué te sucede?

**Higinio.** Necesito que me dé el aire.

**Padre Miguel.** Vamos al huerto, vamos a donde quieras. (Se encaminan los dos hacia el foro.) Pero dime, cuéntame...

**Higinio.** Mañana.

**Padre Miguel.** Pero, ¿qué es ello?

**Higinio.** ¡Mañana, Padre Miguel!

**Padre Miguel.** Como tú dispongas. (Desaparecen por el foro.)

(Por la izquierda sale JUAN PABLO, y por la derecha MARTINA.)

**Juan Pablo.** ¡Se arrematό la faena, comadre!

**Martina.** ¡Pronto has dao de mano, gandú! Seguro que si yo voy, encuentro porvo en arguna parte.

**Juan Pablo.** En la carretera.

**Martina.** ¡Y en los artares!

**Juan Pablo.** ¿A que no?

**Martina.** ¡Mejó será no hasé la prueba!

**Juan Pablo.** Hágala usté si quiere.

**Martina.** ¿Pa qué? No me gusta dejarte siempre por embustero.

**Juan Pablo.** Es que la tiene usté tomá conmigo de una conformidá, comadre, que, la verdá, no sé yo a qué viene eso.

**Martina.** A que se te pasea el arma por er cuerpo y a que no das un gorpe que no sea en vago.

**Juan Pablo.** ¡Güeno! Discutí con señoras, es cosa de mala educasión, como dise er Padre Migué. ¡Más vale cayá!

**Martina.** ¡Mucha letra menúa es lo que tú tienes!

**Juan Pablo.** ¡Y mucha pasiensia también! Cuando la aguanto a usté...

**Martina.** ¡Insolente!

**Juan Pablo.** ¡No vayamos a salí peleando!

**Martina.** Pos no me fartes tú ar respeto, que te doblo la edá.

**Juan Pablo.** Me dobla la edá y me dobla por la sintura mandándome cosas, porque, ¡camará!, manda usté más que si fuea usté la dueña de esta casa.

**Martina.** No soy la dueña de esta casa, ¿tú sabes?, pero soy hase veintisinco años el ama de yaves der Padre Migué, que es quien nos dá de comé a tós. Y a mi cargo está er servisio de la Parroquia y de mi cuidao es que tó esté en su sitio, limpio y aseao. ¿Tú te enteras? ¡Por eso mando! Porque es mi obligasión y la cumplo. ¡Pa que te me vengas con folías!

**Juan Pablo.** ¡Güeno está! Que no he dicho yo tampoco tanto como pa que usté me suerte tó er chorro. (Cambiando de tono.) Se habrá usté ya enterao de la notisia.

**Martina.** ¿De qué notisia?

**Juan Pablo.** De que ha yegao de los Madriles er pintó que había mandao yamá don Ansermo pa repintá er cuadro de la Purísima.

**Martina.** ¡No me lo digas! ¿A que van a estropeá er cuadro?

**Juan Pablo.** Lo que van a hasé es dejarlo como nuevo. Ahora mismito acaba de salí de aquí don Ansermo, que va a la fonda en busca der pintó pa traerlo a la Parroquia. Y como de eso se hayan enterao «las parrisidas», aquí las tenemos antes de un minuto. No hay forastero que yegue ar pueblo que no sean eyas las primeras que lo saluden.

**Martina** Te tiene dicho er Padre Migué, que no les pongas motes a las gentes. Esas señoritas se yaman las señoritas de Rodríguez.

**Juan Pablo.** Pero tó er mundo las conose por «las parrisidas», porque como van siempre corre que te corre, llevando ar padre detrás, que padese de asma, con

la lengua fuera, la gente dise que lo que tratan es de matá ar padre, y de ahí er mote.

**Martina.** Pos pa ti no deben yamarse más que las señoritas de Rodríguez.

**Juan Pablo.** Ya lo sé pa otra vez.

(Por la izquierda entra FRANCISCO, un mocetón recio y fornido.)

**Francisco.** ¿Y mi mujé?

**Juan Pablo.** (¡Er señorito!)

**Francisco.** ¿Mi mujé? ¿Dónde está?

**Martina.** En er huerto, con la señora marquesa de Morán, que ha venío de visita.

**Francisco.** Pos anda y yámala; dile que estoy yo aquí.

**Martina.** Ahora mismito. (Vase por el foro.)

(Francisco se sienta a lo bruto y tira el sombrero sobre la mesa.)

**Juan Pablo.** (¡Mal humó traemos! Se conose que nos han surrao en er Casino.) (Vase también por el foro. Francisco se queda un rato mirando al techo. Pausa. Por el foro aparece MERCEDES.)

**Mercedes.** (Inquieta.) ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? ¿Vienes malo?

**Francisco.** ¿Has paresío ya?

**Mercedes.** Acaba de avisarme Martina.

**Francisco.** ¡Güeno! Prepárame la cama.

**Mercedes.** Pero, ¿vienes malo?

**Francisco.** ¡Que no, mujé! No seas pesá. Vengo a tenderme.

**Mercedes.** Tú has jugado y has perdido.

**Francisco.** Y aunque sea así, ¿te importa a ti mucho?

**Mercedes.** ¿No me ha de importar?

**Francisco.** Porque de argún tiempo a esta parte, tó lo mío te ha traío sin cuidao.

**Mercedes.** Tal vez para pagarte con la misma moneda.

**Francisco.** (Después de mirarla un rato fijamente.) ¡Historias! Prepárame la cama y hazme luego una limoná pa tomármela antes de tenderme.

**Mercedes.** Le diré a Martina que la haga

**Francisco.** (Acercándose a ella amorosamente.) La hases tú, porque hasiéndola tus manos me sabe a mí mejó.

**Mercedes.** (Rechazándolo con hastío.) ¡Francisco!

**Francisco.** (Con rabia.) ¡Y que pa eso eres mi mujé y yo te lo he mandao!

**Mercedes.** Soy tu mujer, pero no tu criada.

**Francisco.** (Mirándola otra vez con fijeza.) ¡Historias! Lo de mujer te doy y no sierva me lo dijo tu tío cuando nos casó porque era tu tío y quería ahorrarte trabajo.

**Mercedes.** ¡Eres un salvaje!

**Francisco.** ¡Historias! Pa arriba voy. ¡Anda tú! (Y recogiendo su sombrero se encamina hacia la derecha por donde desaparece.)

**Mercedes.** (Con desaliento.) ¡Y toda la vida así!...

(Vase también por la derecha. Por la izquierda entran resueltas y decididas GUADALUPE y ROSARIO. Guadalupe y Rosario son las señoritas de Rodríguez a quienes conoce el pueblo por «Las parricidas». Ambas son jóvenes y agraciadas. Visten trajes claros y se tocan con sendos velitos.)

**Rosario.** Oye tú, Guadalupe... ¡Nadie! ¿Qué hasemos?

**Guadalupe.** Como que hemos debido entrar por la casa y no por la iglesia.

**Rosario.** Yo... para llegar más pronto, no se nos fuera a ir el pintor.

**Guadalupe.** Pero si el pintor no ha salido de la fonda, mujer; si eso nos ha dicho Catalina...

**Rosario.** ¡De todas formas!... Si no ha salido, mejor. ¡Así no se nos escapa! (Volviendo la cabeza hacia la izquierda.) ¿Y papá?

**Guadalupe.** ¡Papá! Aguárdalo dentro de un cuarto de hora.

**Rosario.** La verdad es que hemos venido tan deprisa... Pero también este empeño de papá de no dejarnos salir solas, de tener que venir con nosotras a todas partes...

**Guadalupe.** (Advirtiendo un ruido detrás de la puerta del foro.) Aquí llega alguien.

(Por el foro aparece MARÍA CONCEPCIÓN.)

**Rosario.** (Con alegría.) ¡Si es María Concepción!

**Guadalupe.** ¡Mujer!

**María Concepción.** ¿Vosotras?

**Rosario.** No nos agradezcas la visita, que no es por ti. Venimos a conocer al pintor.

**María Concepción.** ¿A qué pintor?

**Guadalupe.** ¡Anda ésta! ¡Siempre está en Belén! ¿A qué pintor va a ser? Al que ha llegado de Madrid para restaurar el cuadro de la Inmaculada.

**María Concepción.** Pero, ¿ha venido?

**Rosario** Hace dos horas que está en el pueblo.

**María Concepción.** Pues perdonadme, hijitas; pero no sabía una palabra.

**Guadalupe.** Si no se encuentra ya en la parroquia, no debe tardar. Y como no debe tardar, lo esperaremos.

**María Concepción.** Con mucho gusto. (Se sientan las tres.)

**Rosario.** Te lo agradecemos porque estamos rendidas.

**María Concepción.** ¿Tan corriendo habéis venido?

**Rosario.** Desempedrando. ¡Y con el calor que hace!... (Se abanica.) ¿Dónde anda tu tío?

**María Concepción.** En el huerto, paseándose con Higinio.

**Guadalupe.** ¿Con tu prometido?

**María Concepción.** (En tono de reconvención amistosa.) ¡Guadalupe!

**Guadalupe.** ¡No te enfades, mujer! ¡Si te lo he dicho en broma! Ya sabemos quién es tu prometido.

**Rosario.** Ayer estuvimos nosotras en el convento.

**Guadalupe.** Y hablamos con la Madre Sagrario; de ti, precisamente.

**María Concepción.** (Iluminándosele el rostro de alegría.) ¿Sí? ¿Y qué dice de mí la buena madre?

**Rosario.** ¡No quieras saber! Te pone por las nubes. Como, por supuesto, todas.

**María Concepción.** Me quieren mucho.

(María Concepción sonríe humildemente.)

**Guadalupe.** Lo que yo no me explico es cómo una mujer a los dieciocho años, pueda sentir el deseo de encerrarse para toda la vida en un convento.

**María Concepción.** Porque Dios no te dió la vocación. En eso pasa como en todo. Tampoco yo me explico cómo hay quien quiera vivir en el mundo, en este mundo tan lleno de miserias y de maldades.

**Guadalupe.** Pero, hija; es que el mundo, con todas las miserias y maldades que tú quieras, tiene también sus encantos.

**María Concepción.** Y nuestra vida, ¿no?

**Guadalupe.** De eso yo no sé. Como a mí me gusta tanto salir y entrar y ver y andar y moverme de un lado para otro, no sé qué encanto pueda tener el encerrarse entre cuatro paredes.

**María Concepción.** El encanto de estar cerca de Dios, que es el mayor de todos.

**Rosario.** (Saltando como si le hubiese picado una avispa.) ¿Ves tú? Con esa teoría de las monjas es con la que yo no puedo, porque va incluso contra la religión. Si Dios está en todas partes, lo mismo se puede estar cerca de Dios en un convento que en un trasatlántico en alta mar.

**María Concepción.** ¡Sin duda! Pero no a su servicio.

**Rosario.** ¡Eso, bueno!

**Guadalupe.** Y dime una cosa; ¿definitivamente profesas el día de la Virgen?

**Rosario.** ¿Y no te da pena de separarte de tu madre, de tu familia?...

**María Concepción.** ¡No me ha de dar! ¡Mucha pena! Pero Dios dice: «Dejarás a tus padres y a tus hermanos por seguirme.» ¡Y yo voy tras Él con el deseo de perfeccionarme en su servicio!

**Guadalupe.** ¡No me lo explico, no me lo explico; cada vez me lo explico menos!

(Por el foro entran en escena, DOÑA REMEDIOS, DOÑA ANTONIA, HIGINIO y el PADRE MIGUEL.)

**Padre Miguel.** ¡Dios sea loado!

(Las tres muchachas se levantan.)

**Rosario.** ¡Señor cura!

**Guadalupe.** ¡Padre Miguel!

**Padre Miguel.** ¡Las señoritas de Rodríguez en mi casa! ¿Quién se quiere morir?

**Doña Remedios.** (En voz baja a su hermano.) Estas vienen al olor de la pintura. ¡Como si lo viera!

**Guadalupe.** ¡Marquesa! ¡Higinio! (Saludos, ceremonias, etcétera.)

**María Concepción.** ¿Se marchan ustedes ya?

**Doña Antonia.** Si te parece que hemos estado poco rato...

**Padre Miguel.** (A Rosario y Guadalupe.) ¿Y el papá?

**Guadalupe.** Tan bueno. Muchas gracias. Con nosotras venía, sólo que como anda tan despacio...

**Padre Miguel.** Y vosotras tan deprisa...

**Rosario.** (Mirando hacia la izquierda.) ¡Aquí está ya!

**Padre Miguel.** ¡Y cómo llega!

**Doña Antonia.** ¡Pobre señor!

**Guadalupe.** ¡Se empeña en correr!...

**Doña Remedios.** Las que os empeñáis en correr sois vosotras.

(Por la izquierda aparece DON ÁNGEL, un viejecito simpático y pulcro. Llega jadeante, sudoroso, sin poder articular palabra; con el sombrero de paja en una mano y en la otra el bastón en que se apoya y un pañuelo con el que se seca el sudor que le corre a chorros. Todos se apresuran a auxiliarle y a ofrecerle asiento.)

**Padre Miguel.** ¡Adelante, don Angel! Pase usted; siéntese usted. No se preocupe ni hable nada.

**Guadalupe.** Pero, ¿qué va a hablar? ¡Si el metal de la voz nadie se lo ha oído!

**Padre Miguel.** ¡Descanse usted primero!

**Doña Remedios.** ¡Pícaras niñas!

**Guadalupe.** Sabes que te hace daño andar ligero y no hay modo de que te corrijas.

(Don Angel dirige a su hija una mirada indefinible.)

**Rosario.** Hasta que un día nos des el disgusto.

(Nueva mirada de don Angel.)

**Padre Miguel.** Refrésquese usted; serénese.

(Don Angel advierte la presencia de doña Antonia y pretende incorporarse para saludarla, pero ésta se da cuenta de ello y se lo impide.)

**Doña Antonia.** Quietecito, quietecito. Está usted dispensado de todo.

(Don Angel reparte miradas de enojo hacia sus hijas y de gratitud hacia los demás. Por la izquierda aparece, triunfador, POLILLA.)

**Polilla.** ¡Señores! ¡Albricias!

**Guadalupe.** (A Rosario.) ¡Ya está aquí el pintor!

**Rosario.** (A Guadalupe.) ¡Ya está aquí el pintor!

**Polilla.** ¡Acaba de llegar el grande hombre! (Saludando ceremoniosamente.) ¡Marquesa... rendidamente a sus piés! Doña Remedios... Inmaculada... Señoritas... (Volviéndose hacia la izquierda.) ¡Adentro, señor Villanueva! (Por la izquierda aparece CARLOS VILLANUEVA, un muchacho de veinticinco a treinta años, correctamente vestido.) ¡Tenga la bondad de pasar! Les presento a ustedes al gran artista don Carlos Villanueva, comisionado por el Director de Bellas Artes, para restaurar el cuadro de la Inmaculada. El señor Cura Párroco de Fontanares. (Se dan la mano. A los demás los saluda Villanueva con inclinaciones de cabeza.) Su hermana. Su sobrina. La señora marquesa de Morán. Su hijo. Las señoritas de Rodríguez. (Guadalupe y Rosario se adelantan ofreciéndole sus manos al pintor, pero éste no advierte el movimiento y las dos chicas se quedan corridas.) Su padre. (Don Angel quiere levantarse y el Padre Miguel no le deja.)

**Carlos.** ¡Saludo a todos!

**Polilla.** ¡Ya vió el cuadro, Miguel!

**Padre Miguel.** ¿Y qué?

**Polilla.** ¡Es un Murillo!

**Carlos.** Pero un Murillo admirable; una de las mejores obras del gran pintor.

**Doña Antonia.** ¿Verdad que sí? Yo no entiendo de eso, pero basta ver el cuadro para saber que una mano experta lo pintó.

**Carlos.** ¡Realmente una maravilla!

**Padre Miguel.** Mala luz debe ser ésta para verlo bien.

**Carlos.** No obstante...

**Guadalupe.** ¿Y tardará usted muchos días en su trabajo?

**Carlos.** De momento no puedo precisarlo, señorita.

**Guadalupe.** Porque tendremos mucho gusto en verle por nuestra casa. Calle Real, 54, con permiso de mi papá, aquí presente.

**Carlos.** El gusto será mío, señorita.

**Guadalupe.** Guadalupe me llamo.

**Rosario.** Y yo Rosario.

(Miradas de don Angel y sonrisa de Villanueva.)

**Doña Remedios.** (A Polilla que está a su lado.) Estas niñas no pierden ocasión.

**Polilla.** (A doña Remedios.) Pero pierden mucho con no perder ocasión, señora. (Pausa.)

**Carlos.** Bueno. Y cumplido este deber elemental, nosotros nos retiramos, ¿no, don Anselmo?

**Padre Miguel.** Pero, ¿no se sientan ustedes?

**Carlos.** Ya nos hemos de ver. ¡Por supuesto! Todos los días.

**Padre Miguel.** ¿Va usted a restaurar el cuadro aquí mismo?

**Carlos.** Desde luego. La sacristía es amplia, tiene buena luz...

**Padre Miguel.** Como usted disponga.

**Carlos.** ¡Señor cura, usted me manda! (Le da la mano.)

**Padre Miguel.** Lo mismo le digo.

**Carlos.** (Despidiéndose de los demás.) Señora... señora... señorita... señorita... señor...

**Polilla.** (Mirando hacia la derecha.) ¡Caramba! ¡Mercedes! Va usted a conocer ya a toda la familia.

(Villanueva no oye estas palabras de Polilla abstraído en los saludos. Por la derecha sale MERCEDES.)

**Mercedes.** Ustedes me dispensen, pero me entretuvo Francisco...

**Polilla.** ¡Mercedes, ven aquí, que te voy a presentar! ¡Carlos!... Otra sobrinita del señor Cura... Don Carlos Villanueva...

(Al encontrarse frente a frente Mercedes y Carlos, se reconocen y no pueden reprimir un grito de sorpresa, que como es natural repercute en todos los presentes.)

**Mercedes.** ¿El?

**Carlos.** ¿Eh?

**Padre Miguel.** ¿Se conocían ustedes?

**Mercedes.** (Tratando de disimular su impresión.) No...

**Carlos.** (En el mismo caso que Mercedes.) ¡No!

**Padre Miguel.** ¿No? (Y los mira fijamente. Mercedes y Carlos bajan la vista al suelo. Un gesto de interrogación se marca en todos los semblantes. Don Angel, que sigue sin poder hablar, abre cada ojo como un duro. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Han pasado cuatro días. Es por la mañana.

—

(Al levantarse el telón aparece el PADRE MIGUEL tomando el desayuno, que le sirve MARTINA.)

**Padre Miguel.** ¡Buen chocolate, Martina; buen chocolate has hecho hoy!

**Martina.** ¡Pa usté era! Conque si me esmeré no hise más que lo que debía.

**Padre Miguel.** ¡Magnífica contestación, digna de un cortesano! Llégate a la sacristía y dile al pintor si quiere desayunarse conmigo.

**Martina.** Ya mismito. (Vase por la izquierda. Pausa. El Padre Miguel acaba de tomarse el chocolate. Por la izquierda vuelve MARTINA.) Dise que muchas grasias, que ya ha desayunao, pero que vendrá a fumarse un sigarro con usté tan pronto como acabe no sé qué cosa que está hasiendo.

**Padre Miguel.** ¿Fueron al convento mis sobrinas?

**Martina.** Ar convento fueron. Y su hermana de usté también salió a comprá creo que tela pa unos delantares.

**Padre Miguel.** ¡Delantales, mujer!

**Martina.** ¿Cómo?

**Padre Miguel.** ¡Delantales!

**Martina.** Pos yo siempre he dicho delantares, señor cura.

**Padre Miguel.** Lo habrás dicho siempre y siempre mal.

**Martina.** ¡La poca educasión que ha resibío una!

Me alegro que usté me lo corrija. ¡Delantales! Más trabajo me cuesta, pero si así está mejó, delantales diré.

**Padre Miguel.** No es que esté mejor ni peor; es que es así como se dice.

**Martina.** ¡Güeno, señor cura, no se enfurruñe usté conmigo!

**Padre Miguel.** ¿Ha venido alguien?

**Martina.** Las señoritas de Rodríguez tres veses en lo que va de mañana y las tres veses les he dao con la puerta en las narises.

**Padre Miguel.** ¿Y éso, mujer?

**Martina.** Que no hubieran buscao un pretexto pa entrá y hubieran entrao. Que si están las señoritas. ¡No están! Que si está la señora. ¡No está! Que si está er señor cura. ¡Está disiendo misa! Más corrías que monas se han marchao las tres veses. Tó por no desí la verdá. Porque a lo que venían era a charlá con er pintó, que no lo dejan respirá al hombre desde que puso los piés en er pueblo. ¡Son mú goleoras, señor cura, mú goleoras!

**Padre Miguel.** ¡Muy, Martina, muy!

**Martina.** ¿Er qué?

**Padre Miguel.** Se dice muy y no mú.

**Martina.** ¿También? ¡Pos muy; pero goleoras! De esta hecha sargo yo pa cantá misa. Y como er pintó—¿sabe usté?—les hase cara y se divierte con eyas, porque es un *muyjeriego*...

**Padre Miguel.** ¡Mujeriego, Martina!

**Martina.** ¿En qué quedamos? ¿Se dise mú o se dise muy?

**Padre Miguel.** Se dice...

**Martina.** Mire usté, señor cura; lo mejó será que me deje usté hablá como he hablao siempre, porque si no me voy a hasé un lío.

**Padre Miguel.** ¡Como quieras!

**Martina.** Ya ve usté er pintó, un señorito de Madrí, que debe de sabé más que onse viejas, si se va a enamorá de unas infelises muchachas de pueblo.

**Padre Miguel.** ¿Y por qué no?

**Martina.** Porque nó, señor cura. El hombre lo que busca es pasarlo lo mejó posible los días que vaya a está en er pueblo y tiene pa toas. ¡Hasta a María Consersión le hase carantoñas. ¡Ya ve usté, a María Consersión!...

**Padre Miguel.** ¿Y a nadie más le hace carantoñas?

**Martina.** ¡Que yo sepa, no señó!

**Padre Miguel.** Pues procura estar sobre aviso y si algo adviertes no dejes de decírmelo, Martina.

**Martina.** Yo, señor cura ..

**Padre Miguel.** Por el bien de todos conviene que yo no ignore nada.

**Martina.** Descuide usté que si argo veo, argo le diré. Pero hasta ahora no he visto ná.

**Padre Miguel.** ¡Más vale así!

(Por la izquierda aparece CARLOS VILLANUEVA.)

**Carlos.** Aquí me tiene usté, señor cura; a fumarme ese cigarro. ¿Me lo da usted o se lo doy yo?

**Padre Miguel.** Se lo daré yo. ¡Tendría que ver!

**Carlos.** (Sentándose y aceptando el cigarro que le ofrece el Padre Miguel.) ¡Es lo mismo!

**Padre Miguel.** ¡Recoge este servicio, Martina!

**Martina.** ¡Ar momento! (Lo recoge.) En la cosina estoy por si me nesesita usté pa arguna cosa. (Vase por la derecha.)

**Padre Miguel.** ¿Cómo va esa labor?

**Carlos.** Avanzando.

**Padre Miguel.** Y eso que le dejan a usted pocos ratos tranquilo. Cuando no son las de Rodríguez, son mis sobrinas; cuando no es don Anselmo, soy yo.

**Carlos.** No importa, señor cura; al contrario. Prefiero que se retarde el momento de acabar. ¡Me encuentro aquí tan a gusto!... ¡Claro está que es debido a la grata compañía que se me ofrece!

**Padre Miguel.** Es usted muy bondadoso, señor Villanueva.

**Carlos.** Le digo la verdad. Cuando salí de Madrid tenía el propósito de concluir en seguida para volverme cuanto antes. Y ahora, ya lo ve usted; yo mismo me busco pretextos para prolongar mi estancia en Fontanares.

**Padre Miguel.** Olvidando tal vez que en Madrid le espere alguien.

**Carlos.** ¡Nadie, señor cura! Soy soltero y libre como un pájaro.

**Padre Miguel.** Eso ya lo han averiguado las señoritas de Rodríguez.

**Carlos.** ¡Encantadoras chicas!

**Padre Miguel.** Rabiosas por encontrar con quién casarse.

**Carlos.** ¡Las pobres! Me inspiran una profunda simpatía estas infelices mujeres, enterradas de por vida en estos pueblos olvidados. ¡Hay que ver cuánta abnegación no han de tener y cuánto sacrificio no han de hacer para no rebelarse contra la tiranía de su suerte!

**Padre Miguel.** ¿Qué remedio les queda?

**Carlos.** Oyéndolas, entre el alocamiento de sus ri-

sas y el borbotar de sus palabras, se me han saltado las lágrimas muchas veces.

**Padre Miguel.** Es usted un sentimental.

**Carlos.** (Dándose tono.) ¿Qué artista no lo es, señor cura?

**Padre Miguel.** Pues en sus manos, siendo, como es, soltero y libre, tiene usted el hacer la felicidad de cualquiera de las señoritas de Rodríguez; de Guadalupe o de Rosario, de la que más le guste; las dos son guapas y las dos hacendosas y honestas.

**Carlos.** Ese es el otro cantar, señor cura. ¡Casarse! ¿Quién se casa hoy, tal como están la vida y las costumbres?

**Padre Miguel.** ¡Ah, vamos! Entonces no es usted un sentimental sino un cerebral como se dice ahora. Antes a los cerebrales se les llamaba egoístas, pero todo cambia con el tiempo. ¡Otro «Polilla»!

**Carlos.** ¿Cómo otro «Polilla»?

**Padre Miguel.** Sí, señor; otro «Polilla». Porque «Polilla», es el rey de los egoístas.

**Carlos.** No sabía..

**Padre Miguel.** ¡El rey! Por ser un egoísta vive como vive; sólo como un hongo. ¡Claro es que él a su egoísmo le llama renunciación, que ya es pintoresco!

**Carlos.** ¡Sí que lo es! ¿Y en qué funda la renunciación?

**Padre Miguel.** Pues es muy sencillo. El a todo asocia la idea de la muerte. Le habla usted de casarse y le contesta: ¿para qué? Si me tengo que morir, ¿a qué casarme? ¿Para dejar a una pobre mujer viuda y tal vez cargada de hijos? No me caso. ¡Renuncio!

**Carlos.** ¡Pues está muy bien!

**Padre Miguel.** Le habla usted de que se cepille la ropa ¡Y lo mismo! Si me tengo que morir, ¿a qué tomarme ese trabajo? ¡Renuncio! Y va que, ya lo ha visto usted; musgo lleva en la americana.

**Carlos.** Es realmente un tipo admirable. Yo me divierto oyéndole hablar de sus viajes, de sus aventuras...

**Padre Miguel.** ¡Pura fantasía! De Fontanares no ha salido.

**Carlos.** Ya me lo dijo usted. Y eso es lo curioso, que con un hombre que no ha ido a ninguna parte se pueda ir a todos lados. ¡Mire usted que saberse de memoria el plano de París!

**Padre Miguel.** ¡Y el de Tokio!

**Carlos.** No creo que exista otro ejemplar en el mundo.

**Padre Miguel.** Seguramente.

**Carlos.** Es como lo de cartearse con los personajes ilustres.

**Padre Miguel.** ¡Anda, anda! En cuanto alguna persona brilla por algún concepto, ya tiene en su poder una carta de «Polilla»; carta que, naturalmente, es contestada y ¿quién le quita a «Polilla» a partir de entonces, el legítimo derecho a llamarse su amigo?

**Carlos.** Es decir, que don Anselmo, desde este apartado rincón andaluz y sin que nadie le conozca personalmente, se dedica a molestar a la humanidad.

**Padre Miguel.** Exactamente.

(Por la izquierda aparece POLILLA.)

**Polilla.** ¿Se puede?

**Carlos.** ¡Aquí está!

**Padre Miguel.** ¡Adelante, hombre!

**Polilla.** Ahora no se dirá, señor Villanueva, que soy yo quien le quita de trabajar.

**Carlos.** ¡Querido don Anselmo!

**Padre Miguel.** En nombrando al ruín de Roma...

**Polilla.** ¡Ah, que os ocupábais de mí! ¿Y a cuenta de qué se mezclaba mi nombre en la conversación, si no es mal preguntado?

**Carlos.** A cuenta de lo de siempre, don Anselmo. Discutíamos el señor cura y yo sobre el orígen de los tártaros y el señor cura me decía: eso quien seguramente lo debe saber es «Polilla».

**Polilla.** (Comprendiendo que se trata de una broma.) ¡Bueno, hombre! ¿Conque los tártaros? No está mal. Por lo visto se presenta de chufla la mañana.

(Carlos y el Padre Miguel se ríen.)

**Carlos.** ¡No ha picado, señor cura, no ha picado!

**Polilla.** ¡Anda! Ni pico en lo que me resta de existencia. Otra conferencia como la de ayer sobre la Vía Sacra para que luego me salga usted al final con el timito madrileño de ¡a ver qué vía! no la verán sus ojos.

**Padre Miguel.** (Riéndose.) Pero no niegues que aquello tuvo gracia.

**Polilla.** ¡Mucha gracia!

**Padre Miguel.** Por lo menos a las de Rodríguez se les veía la última muela.

**Polilla.** ¡Eso sí! Es la única que tienen orificada y la enseñan a cada triquitraque.

**Carlos.** Perdone usted, don Anselmo; pero fué una broma sin malicia de la que estoy verdaderamente arrepentido.

**Polilla.** ¿Por qué? Si no me disgusto. ¡Cá! Usted no me conoce. ¿Disgustarme yo teniéndome que morir? ¡Ni lo sueñe! Trata usted con un filósofo, mi querido pintor.

**Carlos.** Es que yo lo ignoraba...

**Polilla.** Pues ya lo sabe.

**Padre Miguel.** ¿Y qué? ¿Has tenido hoy noticia de alguno de tus numerosos conocimientos?

**Polilla.** ¡Hombre, sí! Del «Tigre» he recibido carta.

**Carlos.** ¿Del «Tigre»?

**Padre Miguel.** Algún bandido calabrés, seguramente. Este no repara...

**Polilla.** (Indignado.) ¡Miguel; que no se diga!... ¿Es que no conoces al «Tigre»?

**Carlos.** Como no sea algún novillero de los nuevos...

**Polilla.** ¡Qué novillero! ¡Clemenceau, señores, Clemenceau!

**Padre Miguel.** ¡Acabáramos!

**Carlos.** (Asombrado.) Pero, ¿se escribe usted también con Clemenceau?

**Polilla.** ¡Desde pequeñito!

**Carlos.** (Al Padre Miguel.) Le digo a usted que es admirable.

**Polilla.** Clemenceau, el pobre Clemenceau, que me pone cuatro letras desde el Cairo, diciéndome que está aburrido. La ingratitud de Francia lo ha hecho polvo.

**Carlos.** ¡Pobre «Tigre»! (En tono de burla.)

**Padre Miguel.** ¡Pobre Clemenceau! (En tono igual.)

**Polilla.** Recuerdo que la última vez que nos vimos...

**Padre Miguel.** (Atajándole.) Ché, ché, ché. ¡Alto ahí! ¡No empieces con historias! La última vez que tú viste a Clemenceau fué en el *Nuevo Mundo.*

**Polilla.** Pues eso iba a decir; que la última vez que nos vimos... en la República Argentina...

**Padre Miguel.** ¡Nada de República Argentina! ¡En el *Nuevo Mundo*, revista ilustrada! Coladuras conmigo, no; que te conozco.

**Polilla.** ¡Como quieras!

**Carlos.** (Al Padre Miguel.) ¡Haberlo dejado!

(Por la puerta del foro entra DOÑA REMEDIOS. Viene de la calle. Se toca con un velito y en la mano trae un paquete; sin duda la tela para los delantales que fué a comprar.)

**Doña Remedios.** Buenos días.

**Padre Miguel.** ¡Hola, Remedios!

**Carlos.** ¡Buenos días, señora!

**Polilla.** ¡Que Dios la bendiga a usted!

**Doña Remedios.** ¿No han vuelto las niñas?

**Padre Miguel.** Todavía no han vuelto.

**Carlos.** Yo, con el permiso de ustedes, torno a mi ocupación.

**Padre Miguel.** Usted es muy dueño.

**Polilla.** Y yo también me marcho, que necesito hacer unas cuantas cosas...

**Padre Miguel.** ¿Cómo es eso? ¿Hacer tú unas cuantas cosas, teniéndote que morir?

**Polilla.** ¡Para no morirme! Se trata de comprar comestibles...

**Padre Miguel.** ¡Ah, ya!

**Polilla.** ¡Hasta la vista, Miguelín! Si puedo, volveré. ¡Adiós, señora!

**Doña Remedios.** Vaya usted con Dios.

**Padre Miguel.** (Acompañando a Polilla y a Carlos Villanueva hasta la puerta de la izquierda.) ¡Hasta ahora, señor Villanueva! (A Polilla.) ¡Adiós, hombre! Y al «Tigre» consuélalo como puedas. ¡Adiós, hombre, adiós!

(Salen por la izquierda Polilla y Carlos.)

**Doña Remedios.** (Quitándose el velo y asomándose a la puerta de la derecha.) ¡Martina!

**Martina.** (Dentro.) ¿Señora?

(Por la derecha aparece a poco MARTINA.)

**Doña Remedios.** (Entregándole a Martina el velo y el paquete.) Deja esto en mi cuarto. (Martina recoge lo que le entregan y se marcha en silencio por donde ha salido.) ¡He estado hablando con la marquesa de Morán!

**Padre Miguel.** ¿Ah, sí?

**Doña Remedios.** Está que coge el cielo con las manos. ¡Por supuesto, Miguel, que le sobra la razón por encima del pelo!

**Padre Miguel.** ¿Y en qué le sobra la razón a la marquesa de Morán?

**Doña Remedios.** ¡En lo de su hijo, Miguel! ¡Figúrate! Tú, de ninguna manera debes autorizar esa locura; que por despecho, ese chiquillo quiera renunciar al mundo... Eso no puede obedecer a otra cosa que a la negativa constante de María Concepción en acceder a corresponderle.

**Padre Miguel.** Es muy posible. Y por lo mismo, le he aconsejado que desista de sus propósitos. Y desistirá, seguramente. ¡Es un chiquillo impresionable como él solo! En cuanto se le pase la murria...

**Doña Remedios.** Aquí, lo inexplicable es la actitud de María Concepción. ¿Qué mejor partido se le pudo presentar nunca a esa niña? ¡Casarse con un marqués! ¡Para despreciarlo de ese modo!

**Padre Miguel.** Lo inexplicable, es que tú hables de esa forma. Si tu hija, por su dicha, escogió el camino de la verdad, debieras alegrarte en lugar de sentirlo, que si perdió la ocasión de llamarse marquesa fué por alcanzar un título más alto, superior a todas las jerarquías.

**Doña Remedios.** ¿El de esclava del Señor?

**Padre Miguel.** ¿Te parece poco?

**Doña Remedios.** Ya sabes que nunca hemos pensado de igual manera.

**Padre Miguel.** ¡Ya lo sé, hermana; ya lo sé!

**Doña Remedios.** A mí, eso de las vocaciones, se me antoja mito. Y no lo entiendo; empiezo por confesar que no lo entiendo. Pero que una madre se quede sin su hija para siempre .. ¡Vamos! ¡Eso no me digas tú a mí que lo manda Dios! Si cada vez que lo pienso... (Y rompe a llorar amargamente.)

**Padre Miguel.** (Acudiendo a consolarla.) ¡Vaya! No llores. ¿Qué se le ha de hacer? Comprendo tu aflicción. (Dentro, en el huerto, se oyen risas.) No llores, mujer, que aquí están ya las niñas. Seca tus lágrimas, seca tus lágrimas; que no te vean llorar. (Doña Remedios procura reponerse. Por el foro entran MARÍA CONCEPCIÓN, MERCEDES, GUADALUPE y ROSARIO. Las cuatro llegan alegres y contentas.)

**Guadalupe.** Buenos días.

**Rosario.** ¡Hola! Buenos días.

**María Concepción.** (A su madre.) Perdona si nos hemos tardado; pero cuando nos despedíamos llegaron al convento Guadalupe y Rosario, y por esa razón...

**Doña Remedios.** Por esa razón, o por otra, lo cierto es que estando con las monjas, se te va el tiempo como agua, hija mía.

**María Concepción.** ¡Que no, mamá! Puedes creerme. Pregúntaselo a Mercedes.

**Mercedes.** Y Francisco, ¿se ha levantado?

**Padre Miguel.** Me parece que no.

**Mercedes.** Acostándose a la hora en que se acostó, lo menos hasta las doce no habrá que contar con él.

**Guadalupe.** ¿Se acostó muy tarde?

**Mercedes.** Al ser de día.

**Rosario.** ¡Buena vidita lleva!

**Guadalupe.** (Asomándose a la puerta de la izquierda.) ¿Y el pintor? ¿Trabaja?

**Padre Miguel.** ¡Sí que trabaja! Y es menester dejarlo, porque si no, no acabará nunca.

**Guadalupe.** (Un poco cortada.) No, si nosotras...

**Padre Miguel.** Vosotras procuráis por todos los medios que no dé una pincelada.

**Guadalupe.** ¡Señor cura!

**Padre Miguel.** Las cosas como son. ¡A mí qué me váis a contar!

**Guadalupe.** (A María Concepción.) ¿Has visto tu tío?... (De derecha a izquierda cruza la escena MARTINA.)

**Martina.** (Torciendo el gesto al ver a las de Rodríguez.)

(¡Vaya! ¡Ya se me colaron!) ¡Güenos días a tós! (Guadalupe y Rosario, al ver a Martina, se abanican ufanas de haber conseguido romper el cerco y la saludan con cierto retintín.)

**Guadalupe.** ¡Hola, Martina!

**Rosario.** ¡Buenos días, Martina!

**Martina.** (Respondiéndolas con un gruñido y con una mirada de chacal.) ¡Um! (¡Goleoras!)

**Doña Remedios.** ¿Y nuestro desayuno, Martina?

**Martina.** Dispuesto está. Ya mismito lo sirvo. (Vase por la izquierda.)

**Doña Remedios.** (A sus hijas.) ¡Pues andad, niñas! (A las de Rodríguez.) ¿Ustedes quieren desayunar?

**Guadalupe.** No, muchas gracias.

**Doña Remedios.** Sin cumplidos.

**Rosario.** Muchas gracias.

**Mercedes.** ¡Acompañarnos, por lo menos!

**Guadalupe.** Eso sí.

**Doña Remedios.** ¡Anda, María Concepción!

**María Concepción.** (A su tío.) ¿Y te vas a quedar solo? ¡Sube con nosotras!

**Padre Miguel.** No te preocupes. Donde me voy es al huerto a tomar un poco el aire. Allí te espero. (El Padre Miguel sale por la puerta del foro, y María Concepción, doña Remedios, Guadalupe y Rosario se van por la derecha. Breve pausa. Por la izquierda aparece MARTINA, cruza en silencio la escena y se marcha por la derecha. Pausa larga. Por el foro entra JUAN PABLO y se encamina hacia la derecha. Por la izquierda asoma la cabeza CARLOS VILLANUEVA y llama a Juan Pablo.)

**Carlos.** ¡Juan Pablo!

**Juan Pablo.** (Deteniéndose.) ¿Eh?

**Carlos.** (Entrando en escena.) Soy yo. ¿Entregaste mi carta?

**Juan Pablo.** Toavía no. Aquí la tengo. No se ha presentao la ocasión, señorito.

**Carlos.** ¡Pues dámela!

**Juan Pablo.** ¿Cómo?

**Carlos.** ¡Que me la des!

**Juan Pablo.** (Sacando del bolsillo del pantalón una carta arrugada.) ¡No sabe usté er peso que me he quitao de ensima!

**Carlos.** ¡Por eso! He comprendido que era comprometerte en vano y no he querido... (Cogiendo la carta.) ¡Arrugadilla está!

**Juan Pablo.** ¡De tanto esconderla, señorito!

**Carlos.** Así te quedas tú más tranquilo y yo también.

**Juan Pablo.** (Metiéndose los dedos pulgar e índice de la mano derecha en el bolsillo del chaleco.) Entonses, de los sinco duros que usté me dió...

**Carlos.** ¡Ni hablar! Te los regalo.

**Juan Pablo.** (Respirando satisfecho.) Pos que Dios se lo pague a usté, señorito. ¡Sí que he hecho un negosio!

**Carlos.** Dime. ¿Ella no sale nunca sola?

**Juan Pablo.** Mú raras veces. Pero si ha pensao usté hablarle, más que der marío, guárdese usté de la vieja y der cura, sobre tó de la vieja, que es de un cuidao...

**Carlos.** ¿Ah, sí?

**Juan Pablo.** ¡Josú! Paese que no vé y borda a oscuras. ¡Ojo con la vieja!

**Carlos.** Te agradezco el consejo.

**Juan Pablo.** ¡Y suerte!...

**Carlos.** ¡Anda con Dios!

**Juan Pablo.** (Vase por la derecha y vuelve a poco.) Ssss... ¡Aquí baja eya! ¡Aproveche usté ahora!

**Carlos.** ¿De veras? ¡Pues vete tú!

(Juan Pablo se retira por el foro. Por la derecha sale MERCEDES.)

**Carlos.** ¡Mercedes!

**Mercedes.** ¿Eh?

**Carlos.** Cuatro días llevo queriendo hablar contigo sin que se me haya presentado el momento oportuno. ¿Puede ser ahora?

**Mercedes.** En primer lugar, nada le autoriza a llamarme de tú, y en segundo, ignoro qué tiene usted que hablar conmigo que no pueda decirme delante de la gente.

**Carlos.** ¡Mercedes, perdóname! No me condenes sin escucharme antes. Por tu bien, por el mío; conviene que hablemos los dos. ¡Sé que no eres feliz!

**Mercedes.** ¿Y eso le importa mucho?

**Carlos.** Pues si no me importara, ¿te querría?

**Mercedes.** Cinco años de separación me han demostrado lo contrario.

**Carlos.** Porque no sabía dónde te encontrabas. Pero hoy, que la casualidad nos ha puesto frente a frente, ¿por qué no hablar?

**Mercedes.** Porque las circunstancias han variado mucho. La muchachita inocente que usted conoció en Madrid; aquella muchachita que, a ocultas de sus padres, salía con miss Fanny para hablar con su novio en el Retiro y en los jardines de la Moncloa; aquella muchachita que, al quedarse huérfana y pobre, suplicó a su novio que formalizara las relaciones y diera a su madre la seguridad de un casamiento, recibiendo por toda respuesta la vergonzosa huída del galán, es hoy la mujer de otro hombre, está casada y merece, por lo

menos, que quien no la quiso entonces la respete ahora.

**Carlos.** Las apariencias me acusan, pero la realidad es bien distinta. ¿Cómo querías que me casara si nada era ni nada tenía? Mi encumbramiento ha sido rápido y circunstancial; una racha de suerte con la que no podía contar en aquel tiempo.

**Mercedes.** Eso, se dice.

**Carlos** Pero, ¿cómo se dice? ¿Cómo se le dice a la mujer que uno quiere, y que con lágrimas en los ojos le cuenta su desamparo, yo no puedo hacer nada por ti, nada puedo ofrecerte? ¡Si hubieras sabido esperar!...

**Mercedes.** ¡Es muy cómodo para los hombres hablar así!

**Carlos.** ¡Dime que no me guardas rencor!

**Mercedes.** Yo nada tengo que decir. Retírese usted y no me obligue a una descortesía.

**Carlos.** (Desconcertado.) ¡Di que aún me quieres; que, al menos, conserve yo la ilusión de que tu cariño no fué una cosa pasajera!

(Por el foro aparece inopinadamente el PADRE MIGUEL, el cual, al encontrarse con Mercedes y Carlos, no puede reprimir un movimiento de enojo. Inútil es decir que Carlos y Mercedes quedan anonadados y confundidos.)

**Padre Miguel.** ¿Eh? (A Mercedes ) ¿Qué haces tú aquí?

**Mercedes.** Había venido...

**Padre Miguel.** ¿Y usted, señor Villanueva?

**Carlos.** Un momento que salí y me encontré con su sobrina...

**Padre Miguel.** (Con dignidad.) Yo le suplico que no olvide dónde está y la misión que aquí le ha traído. (Señalando a la izquierda.) Su sitio es allí, con los pinceles, y no aquí. Y perdóneme usted que le hable de esta forma, pero esto no es Madrid, es un pueblo donde la gente es murmuradora. Mi sobrina está casada, distanciada un poco de su marido por sus condiciones de carácter; la gente lo sabe y bastaría que alguien la viese hablar a solas con usted para que unos y otros echaran a volar la imaginación en su descrédito. Claro está, que ya sé yo que no hay caso; que ella conoce su deber y que usted es un perfecto caballero.

**Carlos.** ¡Lo soy!

**Padre Miguel.** Porque así lo creo, así lo digo. (Carlos inicia la retirada.) ¡Adiós, señor Villanueva! (Vase Carlos por la izquierda.)

**Mercedes.** (En tono suplicante.) ¡Tío!...

**Padre Miguel.** (Sin quererla mirar.) ¡Anda, anda a tus cosas! (Mercedes se marcha por la derecha con la vista baja. El Padre Miguel levanta sus ojos al cielo.) ¡Señor! ¡Señor!...

(Por la derecha sale MARIA CONCEPCIÓN.)

**María Concepción.** ¡Tío! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

**Padre Miguel.** No me pasa nada. ¿Qué quieres?

**María Concepción.** ¡Venía a confesarme contigo!

**Padre Miguel.** ¿Conmigo? (Se sienta.)

**María Concepción.** ¡Contigo! ¿Con quién va a ser? ¿No eres tú el cura?

**Padre Miguel.** Desde luego.

**María Concepción.** (Sentándose en el suelo a sus piés.) Dime la verdad. ¿Tú crees que yo soy muy buena, muy buena? Contéstame.

**Padre Miguel.** ¡Pues claro que lo creo! Eres un ángel de Dios.

**María Concepción.** Sí, sí. ¡Ya verás el angelito! Soy muy mala, tío, muy mala... ¡De lo peor!

**Padre Miguel.** ¿Qué me cuentas?

**María Concepción.** Escúchame. Le he mentido a mamá.

**Padre Miguel.** Feo pecado es ese. La mentira en una boca pura, es como un gusano en una flor.

**María Concepción.** ¡Pues gusano tenemos!

**Padre Miguel.** Bien; pero supongo que esa mentira no será cosa mayor.

**María Concepción.** ¡Gorda es! Y con ser gorda es lo de menos. Lo fuerte es lo que viene después.

**Padre Miguel.** Empiezas a asustarme, muchacha.

**María Concepción.** Oyeme en silencio. Le he mentido a mamá porque le he dicho que me he entretenido en el convento y no es verdad. Con quien me he entretenido es con Higinio, a quien he encontrado en la calle.

**Padre Miguel.** ¡Demonio!

**María Concepción.** No digas nada. Tú sabes que Higinio, en vista de que yo no le quiero, ha decidido renunciar al mundo, y a mí se me figura que las personas deben consagrarse a Dios por propio impulso y no por esta ni por la otra circunstancia. Meterse un hombre en un convento porque una mujer no le quiera no es un sacrificio, es una cobardía. Y así se lo he dicho a Higinio con todas sus letras. Pero ahora, después de realizada mi hazaña, me ha entrado un escrúpulo terrible. ¿Habré cometido yo un pecado restándole, o por lo menos, intentando restarle a Dios un nuevo siervo? Tú que dices que mirándome a los ojos ves la blancura de mi alma, mírame a los ojos, tío, y dime si estoy en pecado mortal. ¡Mírame a los ojos!...

**Padre Miguel.** (Cogiéndole la cabeza y mirándola con amorosa

ternura.) ¡Angel de Dios y para Dios nacida, has cumplido con tu deber!

**María Concepción.** ¿De veras, tío? ¡Ay! ¡Ya respiro! ¿Verdad que a Dios no se debe ir así, como a un refugio, como a un puerto? Hay que ir llevado por el corazón, en un vuelo del espíritu. ¿Verdad que sí?

**Padre Miguel.** Dios es refugio y puerto, amparo y guía, sostén y baluarte de los que sufren. A Dios hay que ir en toda ocasión y por todo consuelo. Pero bien le aconsejaste a Higinio. Sin ponernos de acuerdo le has dicho lo mismo que yo.

**María Concepción.** ¿Es posible?

**Padre Miguel.** Lo mismo. Conque si has cometido un pecado mortal, un pecado mortal que he cometido yo también.

**María Concepción** ¿Tú un pecado mortal? ¿Tú que eres un santo? ¡Ya respiro, tío, ya respiro! (Incorporándose para hincarse de rodillas.) ¡Bendíceme y absuélveme!

**Padre Miguel.** ¡Un beso!

**María Concepción.** (Colgándosé al cuello de su tío.) ¡Y mil que tú me pidas!

(Interrumpe la paternal escena la llegada de MARTINA y de SALGADO, que entran por la derecha. Salgado es lo que suele decirse un señorito de pueblo; representa unos treinta y tantos años.)

**Martina.** Pase usté aquí. (El Padre Miguel y María Concepción se sorprenden un poco.) Dise que lo espere usté, que ya mismito baja. (Vase por la derecha.)

**Padre Miguel.** (Reconociendo al visitante.) ¡Hola, Salgado!

**Salgado.** Buenos días, señor cura. Buenos días, Maria Concepción.

**María Concepción.** Buenos días, Salgado. (A su tío.) En la iglesia te espero. (Vase por la izquierda.)

**Padre Miguel.** ¿Qué le trae a usted por aquí?

**Salgado.** Asuntos de Francisco.

**Padre Miguel.** ¡Ah, ya!

**Salgado.** Y malos asuntos, por desgracia. ¡Cosas de ese hombre, que está más loco que una chiva!

**Padre Miguel.** No está bueno, no.

**Salgado.** ¡Como una gavia, señor cura! Anoche jugó y perdió tó lo que tenía y lo que no tenía también.

**Padre Miguel.** ¿Mi sobrino?

**Salgado.** En er Casino, en menos de una hora.

**Padre Miguel.** Pero, ¿no había prohido el juego el Alcalde?

**Salgado.** Es que anoche tallaba el Arcarde, señor cura. Y a Francisco se le calentó la boca y se empeñó en acertar... ¡Y la contraria siempre! Totar: cuatro mir

pesetas; mir que ér llevaba y tres mir que pidió prestás pa devorverlas hoy. Y hoy me paese a mí que no las devuerve.

**Padre Miguel.** Pero, ¡Dios santo! ¡Cuatro mil pesetas! ¿Cómo se puede perder ese dinero y cómo se puede jugar ese dinero sobre todo quien no lo tiene?

**Salgado.** ¡Ahí ve usté! ¡Cosas de loco! De madrugá me entrampilló a mí por la faja y me pidió poco menos que llorando que fuera hoy a vé a su padre y le contara lo que le había pasao pa que er padre sortara la luz. Y esta mañana, bien temprano, me he plantao en casa der señó Frasquito Molina a decirle er paso, y er señó Frasquito Molina, sobre ponerme una cara que no ha sío cara, me ha contestao que no quiere oí hablá de su hijo ni a un gramófono. Y aquí me tiene usté ahora a contarle a Francisco er resurtao de la entrevista. ¡Unos asuntos me caen a mí como pa poné una agensia de negosios!

**Padre Miguel.** ¡Vaya por Dios, vaya por Dios! Desagradable es la cosa por todos conceptos.

**Salgado.** ¡Carcule usté!

**Padre Miguel.** ¿Y quién le prestó las tres mil pesetas?

**Salgado.** Los Cuevas, que o las paga o le dan un tiro.

**Padre Miguel.** ¡El Señor se apiade de nosotros!... No se me ocurre nada para solucionar el conflicto.

**Salgado.** ¿Usté no podría?...

**Padre Miguel.** ¿Yo?... ¡Tres mil pesetas! Para mí es una suma fabulosa.

**Salgado.** ¡Locuras que hacen los hombres sin pensar en sus resurtaos!

(Por la derecha aparece FRANCISCO.)

**Francisco.** ¡Hola!

**Padre Miguel.** ¡Francisco! ¡Hijo!...

**Salgado.** Ya le he contao aquí ar señor cura...

**Francisco.** Pero, ¿y mi padre?...

**Salgado.** No ha dao lumbre.

**Francisco.** ¡Así permita Dios!...

**Padre Miguel.** ¡Francisco!

**Francisco.** Iba a decí una barbaridá. ¿De mó que qué te ha dicho?

**Salgado** Que está harto de ti y que te las apañes como puedas.

**Francisco.** ¡Er viejo!...

**Padre Miguel.** ¡Francisco!

**Francisco.** (A Salgado.) ¿Y qué hacemos? Porque a esa gente hay que pagarle. ¡Ya los conoces tú!

**Padre Miguel.** Pero, ¿cómo te aventuraste, desgraciado?...

**Francisco.** ¡Un venate, don Migué, una mala hora! ¡El afán der desquite! Más arrepentío estoy... Si yo encontrara quien me diese er dinero que debo, le juro a usté que antes me cortaba la mano derecha que vorvé a apuntá a una carta.

**Padre Miguel.** Si fuese así, aún se podría dar por bien empleado el escarmiento.

**Francisco.** ¡Y así es! ¡Que me muera si no!... (Pausa.)

**Padre Miguel.** Bueno, mire usted, Salgado: usted me va a hacer el favor de ver a los Cuevas en mi nombre y de decirles que yo me hago cargo de esa deuda; que de momento no se la puedo pagar íntegra, pero que poco a poco, de mis haberes... El caso es salvar a mi sobrino.

**Francisco.** (Emocionado.) ¡Don Migué!... ¿Cómo pagarle a usté esta arción?

**Padre Miguel.** Corrigiéndote; siendo como eras y no como te han hecho ser.

**Francisco.** Cuente usté con ello.

**Padre Miguel.** Y si me entero de que vuelves a jugar...

**Francisco.** ¡Puede usté escupirme a la cara!

**Padre Miguel.** Escupirte, no; pero sí echarte de mi casa.

**Francisco.** (Abrazando al Padre Miguel.) ¡Don Migué de mi arma!

**Padre Miguel.** (Desentendiéndose del abrazo.) ¡Ande usté, Salgado! Aquí le aguardo.

**Salgado.** Hasta ahora mismo. (A Francisco.) Tienes más suerte que un gato.

**Francisco.** ¿Suerte yo, después de lo de anoche?

**Salgado.** ¡A vé! Cuando tenías ensima la tormenta, el arco iris. ¡Suerte! (Vase por la derecha.)

**Francisco.** ¡Don Migué, lo que ha hecho usté por mí!...

**Padre Miguel.** Lo que he hecho yo por ti no es nada para lo que tú has de hacer por mí, Francisco.

**Francisco.** ¡Pida usté por esa boca!

**Padre Miguel.** Es preciso—óyeme bien—es indispensable que trates a tu mujer con más dulzura.

**Francisco.** Es que Mercedes...

**Padre Miguel.** No me tienes que decir lo que es Mercedes, que la conozco bien. Pero la pobre se ve abandonada... Pasa muchas horas sola. Y una imaginación de mujer vuela. . ¿Me entiendes?

**Francisco.** Sí que le entiendo.

**Padre Miguel.** Pues con eso me consideraré sobradamente recompensado del favor que acabo de hacerte. ¡Cuida de tu mujer! No te pido más.

**Francisco.** Conforme. Bien poco es pa quien tanto ha hecho por mí. ¡Cuidaré de ella!

**Padre Miguel.** (Conmovido.) ¡Y con el alma habré de agradecértelo! (Y sintiendo que las lágrimas se le agolpan a los ojos, inicia la retirada por la izquierda.)

**Francisco.** ¿Se va usté, don Migué?

**Padre Miguel.** (Ocultándose de Francisco para que no le vea llorar.) ¡Ya vengo, ya vengo! (Y desaparece por la izquierda.)

**Francisco.** ¡Bueno! Este hombre es un santo. ¡Más que un santo! No le pago yo... Pero, ¿hay derecho pa sacrificar así a una persona?... También mi padre tiene unas entrañitas... ¡De mi familia tenía que sé pa que fuera bueno!... ¡Ahora que si yo tuviera un poquillo de suerte y con veinte duros pudiera desquitarme.. ¡Pa que este pobre viejo no pagara lo que va a tené que pagá, que asusta pensarlo! Er gozo que a mí me daría poderle decí a este hombre: ya no tiene usté que pagar ná, ya está tóo pagao; ahora, que agradecío.. ¡hasta la muerte! ¡Josú! Y to con veinte duros... ¿Qué digo con veinte duros? ¡Con un duro que sarga valiente se pué hasé toa la faena! Lo malo es que ¿dónde tengo yo los veinte duros... ni er duro siquiera? (Por la derecha aparece MERCEDES camino del huerto.) Si mi mujé de sus ahorrillos... ¡Oye, tú, Mercedes!

**Mercedes.** ¿Qué quieres?

**Francisco.** ¿Tú tienes dinero?

**Mercedes.** ¡Dinero! ¡Del que tú me das!

**Francisco.** ¿Y si le pidieras a tu madre prestaos veinte duros pa mí? ¡Pa devolvérselos esta misma tarde!

**Mercedes.** Yo a mi madre no le pido nada y menos para que tú te lo juegues.

**Francisco.** ¡Que no es pa jugármelos, mujé; que es que me hasen farta!

**Mercedes.** Pues pídelos en tu casa a ver si tu padre te los da.

**Francisco.** ¡Mi padre no me da ná porque estamos peleaos!

**Mercedes.** ¡Porque no quiere tratar con un granuja como tú!

**Francisco.** ¡Mercedes, no empieces a provocarme! Mira que te estoy hablando por las buenas. Yo necesito veinte duros y es menester que tú veas de dónde los saco.

**Mercedes.** ¿Que lo vea yo?

**Francisco.** Como no quieras darme tus zarcillos, que

de eso sí puedo disponé; son míos, porque yo te los compré, y haré con ellos lo que me convenga.

**Mercedes.** ¿Serías capaz?

**Francisco.** ¡Por tener hoy veinte duros, de tó!

**Mercedes.** Pero, ¿a qué extremos has llegado?

**Francisco.** (Exaltándose por momentos.) ¡Historias! ¡Música celestial! ¡Veinte duros o tus zarcillos! ¡Elige!

**Mercedes.** (Aterrada.) ¡Francisco!

**Francisco.** (Desencajado, pálido, convulso.) ¡Veinte duros! (Y avanza hacia ella pretendiendo quitarle los pendientes.)

**Mercedes.** ¡Francisco! ¡Madre!

**Francisco.** (Tapándole la boca.) ¡Calla!

(Por la izquierda aparece CARLOS VILLANUEVA, atraído por las voces de Mercedes; rápidamente separa a Francisco de su mujer y de un empellón le hace sentarse en una silla junto a la mesa.)

**Carlos.** ¿Eh? ¡Cobarde!

**Mercedes.** (Llorando.) ¡Canalla!

**Francisco.** (Mirando a Carlos con rabia y tratando de acometerle.) ¿Usté?...

(Casi simultáneamente aparecen por la izquierda EL PADRE MIGUEL y MARÍA CONCEPCIÓN, y por la derecha DOÑA REMEDIOS, MARTINA y JUAN PABLO.)

**Padre Miguel.** ¿Qué es eso?

**María Concepción.** ¿Qué ha sido?

**Doña Remedios.** ¿Qué ha pasado?

**Padre Miguel.** ¿Quién gritaba?

**Doña Remedios.** (Acudiendo a su hija.) ¡Hija!

**María Concepción.** (Acudiendo a su hermana.) ¡Mercedes!

**Martina.** (Acudiendo también.) ¡Señorita!

(A Juan Pablo no le deja hablar el susto que recibe.)

**Mercedes.** ¡Ese hombre!...

**Francisco.** ¡Esa mujé!...

**Mercedes.** ¡Me ha pegado!

(Movimiento de enojo en todos.)

**Padre Miguel.** ¡Francisco!

**Mercedes.** ¡Es un miserable!

**Padre Miguel.** (Molesto porque Villanueva oiga las palabras de Mercedes.) ¡Vamos, vamos!... Y usted, señor Villanueva...

**Carlos.** Oí gritar, salí, vi a Mercedes zamarreada por su esposo y...

**Mercedes.** ¡Por él no me ha matado!

**Francisco.** ¡Calla!

(Carlos no puede reprimir un movimiento de acometida, que ve el Padre Miguel y lo impide.)

**Padre Miguel.** (A Carlos.) Agradecemos su intervención, señor Villanueva; pero tenga la bondad de dejarnos solos. (Carlos se marcha por la izquierda, sin dejar de mirar a-

Mercedes. Mercedes, por su parte, tampoco deja de mirarlo. El Padre Miguel sigue con la vista la mirada de los dos y cuando Carlos ha desaparecido se dirige a Francisco.) ¡Francisco, Francisco!... ¿Y esa ha sido la enmienda?

**Francisco.** ¡Con esa mujé no se puede, don Miguél! ¡Hay que matarla! ¡Mardito sea mi corazón! (Y sale de estampía por la puerta del foro.)

**Mercedes.** ¡Ya lo ves, ya lo oyes! ¡Me quiere matar! Si no es por Carlos, si no hubiera sido por Carlos...

**Doña Remedios.** ¡Anda, hija! Vente. Tranquilízate. (A Martina.) ¡Prepara tú una taza de tila!

(Martina y Juan Pablo se marchan por la derecha.)

**María Concepción.** ¡Anda, Mercedes! (Y entre ella y doña Remedios se llevan a Mercedes por la derecha.)

**Mercedes.** ¡Por Carlos! ¡Por Carlos no me ha matado!

(Desaparecen las tres mujeres por la derecha, quedando solo en escena el Padre Miguel.)

**Padre Miguel.** (Anonadado y confuso.) ¡Por Carlos!... ¡Por Carlos!... (Levantando los ojos hacia el Cristo.) ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Sálvala tú!... ¡Sálvala tú!... (Y cae de rodillas en el reclinatorio, sollozando. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



# ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Ha transcurrido una semana. Es por la tarde.

—

(Al levantarse el telón aparece en escena POLILLA. A poco sale por la derecha MARTINA, camino del huerto.)

**Polilla.** Atiende, Martina; ¿no bajan todavía?

**Martina.** Todavía no. Ya le he dicho a usté que están arriba viendo el ajuá de María Conserción, que como profesa la semana que viene...

**Polilla.** Pero, el Padre Miguel, ¿también está viendo el ajuar?

**Martina.** También. Y se le cae la baba. Como es su ojito derecho la muchacha, tó lo que a eya se refiera... ¿Por qué no sube usté?

**Polilla.** Porque me fatigan las escaleras y no quiero parecerme a don Angel. Esperaré otro poco. ¿Tú ya le has dicho al Padre que estoy yo aquí?

**Martina.** Sí, señó; ahora mismito acabo de desírselo: abajo le está a usté esperando er señó Coliya.

**Polilla.** ¡Polilla, mujer! ¿Qué es eso de Colilla? ¡Polilla! Y para ti ni Polilla siquiera. Me llamo don Anselmo.

**Martina.** Pero como tós le nombran a usté del otro modo... Así que no es Coliya, sino Poliya... Pos pa que vea usté; más justificao encontraba yo lo de Coliya, porque como siempre la yeva usté en la boca... ¡Er poco oído que una tiene que tó lo trabuca! Dispense usté si le he fartao, don Poliya.

**Polilla.** Don... ¡Cuerno!

**Martina.** ¡No se enfurruñe usté conmigo, señó! La

verdá que se gasta usté un genio como pa afilá los lápises. (Vase por el foro.)

**Polilla.** (Asomándose a la puerta de la izquierda.) Mi querido pintor: ¿se acaba eso o no se acaba? ¡Salga usted aquí a hacerme un poco de tertulia, que me estoy aburriendo como una ostra!

**Carlos.** (Dentro.) No puedo, don Anselmo; luego me regaña el señor cura.

**Polilla.** ¿Qué le ha de regañar?

**Carlos.** Déjeme usted trabajar, don Anselmo.

**Polilla.** Bueno, bueno; me resignaré con mi suerte. (Va a salir de estampía por la puerta de la derecha al mismo tiempo que salen por ella el PADRE MIGUEL, MARÍA CONCEPCIÓN, MERCEDES, DOÑA REMEDIOS, GUADALUPE y ROSARIO.) ¡Vaya! Menos mal que llegan ustedes ¡Ya me marchaba desesperado!

**Padre Miguel.** ¡Qué poca paciencia te ha dado Dios, Polilla!

**Polilla.** ¡Pues todavía me ha dado menos dinero que paciencia, Miguel!

**Padre Miguel.** ¡También lo creo!

**Guadalupe.** ¡Sí que era bueno don Anselmo para hacer lo que ha hecho Higinio! ¿Verdad, señor cura?

**Padre Miguel.** ¿Este? Es incapaz de toda acción que suponga un sacrificio.

**Doña Remedios.** Lo de Higinio—y que me perdone su ausencia—a mí me parece una locura.

**Polilla.** ¡Y a mí!

**Doña Remedios.** ¡Dejar sola a su madre, que no tiene otro consuelo! Eso no está bien ni puede aprobarlo ninguna persona sensata.

**Guadalupe.** ¡Ninguna, señora; más que por nada por si cunde el mal ejemplo! ¿Qué va a ser de nosotras, las pobrecitas mujeres que nos quedamos en el mundo, si todos hacen lo que ese muchacho? Tendremos que pensar en el suicidio.

**Polilla.** Tú con pensar en el pintor ya tienes bastante.

**Guadalupe.** ¿En el pintor? ¡Si me ha salido rana, don Anselmo!

**Polilla.** ¿Qué me dices?

**Guadalupe.** Lo que usted oye. ¡Pica muy alto! ¡Usted no sabe!...

**Polilla.** ¡A ver! ¡A ver! (Asomándose a la puerta de la izquierda.) Señor Villanueva, tenga usted la bondad de venir aquí, que a mí no me gusta que se murmure de las personas en su ausencia.

(Por la izquierda aparece CARLOS.)

**Carlos.** Pero, ¿se murmura de mí? ¡No lo creo! Como no sea usted...

**Polilla.** ¡Hombre! ¡Muy bonito! (Todos se ríen.)

**Padre Miguel.** Eso le pasa siempre al que se quiere meter a redentor.

**Polilla.** (A Carlos.) Merecía usted que no le hubiese avisado.

**Carlos.** Pero, ¿de qué se trata?

**Polilla.** ¡Guadalupe, acércate, mujer!

**Guadalupe.** (Volada.) No sea usted indiscreto, don Anselmo.

**Polilla.** ¡Indiscreto! Ya me han llamado indiscreto.

**Padre Miguel.** Y te han llamado poco, porque eres de lo más zascandil que he conocido. ¿A qué no dejas trabajar al pintor?

**Polilla.** ¡Zascandil! Ya me han llamado zascandil.

**Guadalupe.** ¡Es tonto!

**Polilla.** ¡Y ahora tonto!

**Doña Remedios.** ¡Tonto y medio!

**Polilla.** ¡Y ahora tonto y medio! ¿Hay quien diga más?

**Carlos.** (Interviniendo en la conversación ) ¿De modo que Higinio se ha marchado hoy?

**María Concepción.** Hoy, sí, señor.

**Carlos.** (A María Concepción.) Y usté, ¿cuándo?

**María Concepción.** Dentro de diez días.

**Carlos.** Todavía no la he visto yo en el convento; todavía se va usted a casar conmigo.

**María Concepción.** (Sonriéndose.) ¡No digo que no! Como Dios quiera... Para Dios no hay nada imposible.

**Polilla.** (A Guadalupe.) ¡Pues sí que pica alto!

**Guadalupe.** Pero no es por ahí. Por otra parte van los tiros.

**Polilla.** (En ascuas.) ¡Hija, estás avivando mi curiosidad de una forma que ya no duermo tranquilo hasta que me entere!

**Guadalupe.** Pues será usted el único del pueblo que no lo sepa.

**Polilla.** ¡Canastos!

**Guadalupe.** ¡Chico revuelo hay!

**Polilla.** ¡Guadalupe, o me lo dices o estallo!

**Guadalupe.** ¡Qué vehemente es usted!

(Por el foro aparece MARTINA.)

**María Concepción.** Señor cura, ahí están los pobres de los sábados que vienen a recoger su limosna.

**Padre Miguel.** ¡Ah, bien, sí! Voy en seguida. ¡Anda, Remedios! ¿Me acompañas, María Concepción?

**María Concepción.** ¡Claro que sí!

**Padre Miguel.** ¡Hasta ahora, señores!

(Martina se va por la derecha y por el foro el Padre Miguel, doña Remedios y María Concepción.)

**Carlos.** ¡Pobre Higinio!

**Mercedes.** Pobre, ¿por qué? ¡Se ha ido por su gusto!

**Carlos.** Sin embargo...

**Polilla.** ¡Caso frecuentísimo, amigo Villanueva! El muchacho de buena familia venida a menos, que al encontrarse con veinte años y sin recursos, teniendo que hacer frente a la vida, se achica y se encierra en un claustro con el fin de hallárselo ya todo resuelto, es cosa que se ve todos los días. Ahora, lo indignante es que a los que proceden así se les llame santos, y a los que proceden como yo, egoístas. ¡Injusticias del mundo!

**Carlos.** No estamos conformes, don Anselmo. El chico ha sufrido un desengaño de amor...

**Polilla.** Todo el desengaño que usted quiera; pero póngamelo usted con el mismo desengaño y con veinte mil duros de renta. ¿Renunciaría al mundo?

**Carlos.** ¡Quién sabe!

**Polilla.** ¡Bah, bah! ¡Quién sabe! Eso no es decir nada.

**Mercedes.** Entonces, ¿es que usted no admite la posibilidad de una vocación verdadera?

**Polilla.** ¡Claro que la admito! El caso de tu hermana. ¡Eso, sí! Pero lo de Higinio..

**Guadalupe.** En ese punto pensamos lo mismo usted y yo.

**Polilla.** Siempre es agradable coincidir con el criterio de una mujer bonita.

**Guadalupe.** ¡Jesús! Nunca ha estado usted tan fino.

**Polilla.** ¡Será porque nunca habremos coincidido, Guadalupe!

**Carlos.** Pues lo que es yo, francamente, me inclino del lado de Mercedes.

**Guadalupe.** (Con intención.) ¡Toma, toma! ¡Ya lo sabíamos!

**Carlos.** ¿El qué?

**Guadalupe.** ¡Que se inclina usted del lado de Mercedes!

**Polilla.** (¡Carapitos! ¿A que va a ser ésta?)

**Guadalupe.** (A Rosario.) ¿Nos vamos?

**Rosario.** ¿No esperamos a que vuelvan doña Remedios y María Concepción?

**Guadalupe** Ahora las veremos en el huerto. ¡Adiós, Mercedes! (Confidencialmente.) Y ten más cuidado, mujer; que un pueblo es muy chico y se sabe todo,

**Mercedes.** ¿Qué dices?

**Guadalupe.** Es un consejo. Tú lo aceptas o no.

**Mercedes.** ¡Guadalupe!

**Guadalupe.** ¡Adiós, Villanueva!

**Rosario.** Buenas tardes.

**Guadalupe.** ¿Se queda usted, don Anselmo?

**Polilla.** ¡Cá! (Yo a ésta no la suelto hasta que me entere de todo.) Buenas tardes. (Salen por el foro Guadalupe, Rosario y Polilla, dejando solos a Mercedes y a Carlos, que se miran sorprendidos.)

**Mercedes.** ¿Has oído?

**Carlos.** Un poco inconveniente me parece que ha estado la mocita. ¿Sospechará algo?

**Mercedes.** ¿Cómo sospechar? ¡Lo sabe! Por si alguna duda me podía caber, ella se ha encargado de disiparla aconsejándome al despedirse que tuviera más cuidado.

**Carlos.** ¿Eso te ha dicho?

**Mercedes.** ¡Eso!

**Carlos.** ¡Se necesita frescura!

**Mercedes.** En estos pueblos no sabes tú cómo las gastan. ¡Qué locura me hiciste hacer con obligarme a entrar en casa de Juan Pablo! Pudimos hablar en la calle.

**Carlos.** Yo, para no comprometerte...

**Mercedes.** Y así me has comprometido mucho más. ¡En qué mala hora pasé por allí!

**Carlos.** ¡Calla, calla! Pero si no es posible que te vieran. A la hora que fué y con lo recatada que ibas...

**Mercedes.** Te lo previne, te lo anuncié, pero tú te empeñaste, y yo, ¡tonta de mí que no tuve fuerzas para negarme a tu deseo!...

**Carlos.** No te preocupes, mujer. ¿A qué formar un monte de lo que hasta ahora no pasa de una hablilla?

**Mercedes.** ¡Tengo miedo, Carlos, mucho miedo!

**Carlos.** ¡Miedo! ¿De qué?

**Mercedes.** Si Francisco se enterara... Y mi familia... ¡Se volverían todos contra mí! Tengo miedo. ¡Sálvame, Carlos!

**Carlos.** ¡Cálmate! ¡Serénate! ¡Huiremos juntos! ¡Yo te lo juro!

**Mercedes.** ¿Por qué callaste en aquella ocasión? ¿Por qué no me dijiste la verdad? ¡Otra hubiera sido mi suerte! No me vería yo ahora atada para siempre; esclava de quien no ha sido más que mi verdugo.

**Carlos.** (Abrazándola.) ¡Mercedes! (Por el foro aparece MARÍA CONCEPCIÓN, la cual, al ver abrazados a Mercedes y a Carlos retrocede asustada.)

**María Concepción.** ¡Jesús! (Carlos y Mercedes se separan rápidamente.)

**Carlos.** ¿Eh?

**Mercedes.** ¿Quién?

**Carlos.** ¡María Concepción!

**Mercedes.** (Bajando los ojos al suelo.) ¡María Concepción! (Pausa larga y embarazosa, en la que ninguno de los tres se atreve a hablar. De pronto reacciona Mercedes y se dirige a Carlos.) ¡Vete, Carlos, vete; déjame a solas con mi hermana! (Carlos se marcha por la izquierda. María Concepción espera que hable Mercedes con la ansiedad pintada en el semblante, pero Mercedes calla, y María Concepción se decide a interrogarla.)

**María Concepción.** ¿Qué hiciste, Mercedes?

**Mercedes.** Una locura, un desatino; lo sé. No creas que trato de justificarme contigo. La verdad ya la conoces y no admite disculpas. Soy... ¡lo que tú quieras! ¡Pero compadéceme, hermana! ¡Más que culpable, soy una desgraciada!

**María Concepción.** ¡Desgraciada! ¡No sabes cuánto, Mercedes!

**Mercedes.** Es que tú no puedes comprender estas cosas porque en tu conciencia pura no cabe la maldad. En mi situación, seguramente te hubieras resignado. ¡Yo, no pude! Cuenta, además, con que ese hombre que has visto conmigo, fué mi primer amor, mi único amor, y hallarás, si no justificada, menos reprochable mi conducta.

**María Concepción.** Te engañas. Tu mismo pecado te cierra las puertas del sentido. Has manchado con fango la pureza de tu hogar y has pisoteado tu propio honor y el honor de los tuyos. Te engañas, Mercedes; nada autoriza a una mujer casada a que falte a su deber.

**Mercedes.** Lo sé; soy la primera que lo reconoce. Si he manchado el honor de los míos, con huir de ellos se librarán de esa deshonra. ¿Yo soy la mala, la culpable? ¡Pues tierra de por medio!

**María Concepción.** (Aterrada.) ¿Qué dices, loca? Pero, ¿estás en tu juicio, Mercedes? ¡Huir! Huir, ¿por qué? Tu puesto está aquí, al lado de tu marido y de tu madre; si pecaste, para lavar tu culpa; si no pecaste, para cumplir con lo que manda Dios. ¿O es que pretendes que el escándalo corone tu obra? (Con ternura.) Mercedes, hermana mía; vuelve a la razón, sé como siempre has sido. El espíritu del mal se ha apoderado de ti y no te reconozco. ¡Por mí! ¡Por Dios! ¡Por caridad!

**Mercedes.** ¡Y eres tú quien me lo dices, tú quien me aconsejas que permanezca al lado de los míos, tú que los abandonas!...

**María Concepción.** (Horrorizada.) ¡No compares!

**Mercedes.** ¡No he de comparar! Podrá lo tuyo ser más noble, pero la misma fuerza de pasión nos guía. Y cuando la pasión, por el bien o por el mal, es grande y fuerte, no razona; lo arrolla todo y nada importa más que aquéllo. Como el amor sea firme, al mismo sacrificio conduce y de la misma abnegación es capaz. Podrá tener distintos nombres, pero lo inspira un mismo sentimiento.

**María Concepción.** ¡Qué horror oirte hablar así, Mercedes! ¡Igualar el amor de Dios con el de las criaturas!...

**Mercedes.** Y si lo quiero y me quiere y por sus ojos veo, ¿por qué he de resignarme a perder una felicidad que está a mi alcance?

**María Concepción.** Porque ese es tu martirio y esa tu cruz; abrázala con verdadero amor y te habrás salvado. (Mercedes no puede contenerse más y rompe a llorar amargamente. María Concepción acude a ella.) Llora, llora, no te importe llorar, que el llanto alivia. ¡Hermana mía, hermana mía! (La acaricia.) Anda, ¡vámonos al huerto! El aire fresco te hará bien. (Mercedes, obligada por su hermana, se levanta, y las dos, abrazadas, desaparecen por el foro. Pausa larga. Por la derecha sale JUAN PABLO, camino de la sacristía.)

**Juan Pablo.** ¡Me huele la cabeza a pórvora! Esto se ha complicao... Yo voy a prevení a ese hombre que, a lo mejó, no sabe ná. (Vase por la izquierda. Nueva pausa. Por la derecha sale POLILLA, inquieto, azorado, mirando a todas partes. Tras él entra FRANCISCO. Francisco viene descompuesto, pálido, desencajado. Polilla procura contenerlo.)

**Polilla.** ¡Francisco, por tu madre! ¡No seas bruto, muchacho! No te dejes llevar de tu genio. Ya verás cómo no es más que una calumnia, una mentira infame de esta mala gente. Yo te respondo de él, que es todo un caballero, incapaz de una acción semejante.

**Francisco.** ¡Historias! Lo que yo necesito es verla a ella, que ella me diga la verdad, saberlo tó .. ¡Mi mujé! ¿Dónde está mi mujé? (Gritando.) ¡Mercedes! ¡Mercedes!

**Polilla.** ¡Repórtate, hijo! Así no vas a conseguir nada.

(Por el foro sale DOÑA REMEDIOS.)

**Doña Remedios.** ¿A qué gritas? ¿Qué quieres?

**Francisco.** ¿Dónde está Mercedes?

**Doña Remedios.** En el huerto.

**Francisco.** ¡Que venga aquí!

**Doña Remedios.** (Asomándose a la puerta del foro.) ¡Mercedes, hija, haz el favor, que tu marido te llama! (A Francisco.) Pero, ¿qué ocurre? ¿Qué sucede?

**Francisco.** No ocurre ná. Ahora lo sabrá usté.

**Doña Remedios.** (A Polilla.) ¿Pasa algo?

(Polilla se encoge de hombros. Por el foro aparecen MERCEDES y MARÍA CONCEPCION. Mercedes viene más muerta que viva.)

**Francisco.** (Dirigiéndose a Mercedes como una fiera; cogiéndola por los brazos y llevándola hasta el centro de la escena.) ¡Mercedes, ven aquí, ven aquí! (A los demás en tono suplicante.) ¡Dejarme con ella! ¡Dejarme con ella! No hay cuidao. (Por la derecha se van doña Remedios, María Concepción y Polilla. Francisco se dirige de nuevo a su mujer.) ¡Ven aquí, Mercedes; ven aquí! Dime la verdad. ¡Más te ha de valer la verdad que la mentira! ¡No me engañes! ¿Es cierto que tú—¡miedo me da de preguntártelo!—es cierto que tú has estao con er pintor en casa de Juan Pablo? (Mercedes baja los ojos y Francisco se exalta más.) ¡Habla! No te calles. ¡Dímelo! Quiero saberlo. ¿Es cierto?

**Mercedes.** ¿Quién te ha dicho tal cosa?

**Francisco.** ¡Mi padre! Y por ser mi padre vive toavía. Si llega a ser otro quien lo dice lo hubiera estrangulao entre mis manos; pero es mi padre, Mercedes, y a mi padre, pa confundirlo, necesito yo llevarle las pruebas.

**Mercedes.** (Suplicante.) ¡Francisco!...

**Francisco.** ¿Te extrañará verme celoso, no? ¡Celoso yo, que parecía que no me importabas!... ¡Y lo estoy! Ciego, loco, desatentao... Y es porque tú, con tó tu sabé, no has sabío nunca adiviná una cosa: ¡que yo te quiero!

**Mercedes.** ¿Que tú me...?

**Francisco.** ¡Que te quiero a cegar, no de ahora, de siempre, y que has sío tú, tú la que me has apartao de tu lao; tú la que me has empujao ar vicio y ar juego pa orvidar lo que más me punzaba: que no me querías! ¡Y no te curpo, no! Eras tú demasiao pulía pa un gañán como yo.

**Mercedes.** Nunca me hablaste como ahora, Francisco.

**Francisco.** Y como te quiero, me pincha er corasón como una espina lo que dice la gente. ¿Quién ha estao con er pintor en casa de Juan Pablo? ¡Dímelo, mujer! ¿Has sío tú? Si has sío tú, yo no sé si tendré valor pa matarte, pero pa matarme yo... ¡seguro!

**Mercedes.** ¡Francisco!

**Francisco.** ¡Habla, Mercedes, habla! ¿Quién era esa mujer? Que una mujer ha estao con er pintor lo dice tó er pueblo. Y dice además que eras tú. Si no has sío tú... ¿quién era esa mujer? ¡Contesta! ¿Quién era esa mujer?

(Por la derecha sale MARÍA CONCEPCION y un momento después DOÑA REMEDIOS y POLILLA.)

**María Concepción.** ¡Era yo!

**Francisco.** (Aterrado.) ¿Tú?

**Mercedes.** (Angustiada.) ¡María Concepción!

**Doña Remedios.** ¡Hija!

**María Concepción.** (A Francisco, con voz firme.) ¡Yo era esa mujer! Y para convencerte, ahí está el pintor. Llámalo. El te lo dirá también. (Asomándose a la puerta de la izquierda.) ¡Carlos! ¡Carlos! (Por la izquierda aparece CARLOS, quien al ver la actitud espectante de todos se intimida un poco.) Diga usted aquí, delante de todos, que fuí yo, ¡yo!, quien estuvo con usted en casa de Juan Pablo.

**Carlos.** (Indeciso.) ¡María Concepción!...

**María Concepción.** No es hora de andar con titubeos. Francisco sospecha de mi hermana y no es justo que ella pague culpas que no tiene. Diga usted la verdad como yo la he dicho. Acepte usted la responsabilidad de su falta como yo he aceptado la mía.

**Carlos.** (Dominado por el tono de María Concepción.) ¡La acepto! Y estoy dispuesto a dar mi nombre a María Concepción.

**María Concepción.** (A Francisco.) ¿Te convences?

**Doña Remedios.** (Echándose a llorar.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

**Mercedes.** ¡Madre!

**Francisco.** (Reteniéndola junto a él.) ¡Tú aquí; conmigo!

**Mercedes.** (Separándose de Francisco.) ¡Déjame con mi madre! ¡Madre! (Se van por el foro doña Remedios, Mercedes y Polilla.)

**Carlos.** (A Francisco.) Puede usted decir a todos que me hallo propicio a lo que sea menester. ¡Yo soy un caballero!

**Francisco.** ¡A ratos!

**Carlos.** ¿Cómo?

**Francisco.** Y digo a ratos, porque pa ser caballero hay que serlo siempre, y más hace falta la caballerosidad pa evitar la ocasión, que pa reparar el daño. Sin embargo, así lo diré a la familia. (Vase por el foro.)

**Carlos.** ¡Gracias, María Concepción! Es usted una santa, un ángel. ¿Quién que no sea un ángel es capaz de lo que usted acaba de hacer? ¡Exponer su honra por salvarnos!

**María Concepción.** ¡Por salvar a mi hermana! Escúcheme usted, señor Villanueva. Esta misma tarde se marchará usted del pueblo.

**Carlos.** ¿Cómo? ¿Marcharme? ¿Y en qué situación va usted a quedar?

**María Concepción.** Eso no le preocupe. Usted, esta

tarde se marcha del pueblo. ¿Lo entiende usted? Y nunca más vuelva a acordarse de nosotros.

**Carlos.** Pero esa huída...

**María Concepción.** ¡Es lo menos que tengo derecho a exigir de usted!

**Carlos.** Pero yo debo quedarme aquí a las resultas de lo que suceda. No soy un villano, María Concepción, que no sepa corresponder a su sacrificio.

**María Concepción.** Le repito que eso no le preocupe. La mejor manera que tiene usted de corresponder a lo que llama mi sacrificio es marchándose, pero marchándose ahora mismo, sin aguardar a más.

(Y tal tono de firmeza pone María Concepción en sus palabras que Carlos se tiene que dar por convencido.)

**Carlos.** Sea, puesto que usted lo quiere; pero dígale usted a Mercedes...

**María Concepción.** (Airadamente.) ¡Señor Villanueva!

**Carlos.** ¡Perdón! ¡Perdón!

(Agacha la cabeza y se va por la izquierda. María Concepción levanta sus ojos hacia el Cristo. Por el foro aparece MERCEDES.)

**Mercedes.** (Llorando, corre a abrazar a María Concepción.) ¡Hermana, hermana! ¿Qué has hecho por mí? ¿Qué has hecho?

**María Concepción.** ¡Salvarte!

**Mercedes.** ¡A costa de tu vida!

**María Concepción.** ¡No importa!

**Mercedes.** ¿Y Carlos?

**Maria Concepción.** ¡Se fué!

**Mercedes.** ¿Se fué?

**María Concepción.** ¡Para siempre! Ya has oído a Francisco. Es bueno y te quiere. ¡Quiérelo tú también!

**Mercedes.** Pero, ¿y tú, hermana, y tú? ¿Qué dirá la gente? ¿Qué pensará de ti?

**María Concepción.** ¡La gente! A ti, que te quedas en el mundo, es a quien te debe importar.. ¡Lo mío no importa! Mi esposo, el que elegí, sabe cómo voy a Él. Dios me ve. ¡A Dios no se le engaña!

(Por el foro entra el PADRE MIGUEL, y se dirige a María Concepción temblando de emoción y de espanto.)

**Padre Miguel.** ¡Hija! ¡Hija! Pero, ¿cómo es posible? ¿Tú? ¿Tú?

(María Concepción, tan animosa antes, pierde las fuerzas en la presencia de su tío. De todos quiere ser despreciada menos de él, y recordando que su tío con mirarla a los ojos descubre la pureza de su alma, le ofrece su cabecita como en la escena de la confesión del acto segundo.)

**María Concepción.** ¡Tío!

(El Padre Miguel, al observar el movimiento de su sobrina y al

advertir el llanto de Mercedes, con certero instinto descubre la verdad y sufre un extremecimiento nervioso. Y luego, cogiendo la cabeza de María Concepción, admirado y compadecido de su sacrificio, la besa en la boca con los ojos arrasados en lágrimas.)

**Padre Miguel.** (Quedamente al oído de Maria Concepción.) ¡Oh, no! ¡Tú, no!... ¡Tú, no!.. ¡Inmaculada!... ¡Inmaculada!... (Cuadro y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

*El caprichito,* entremés. (Segunda edición.)

*¡Te la debo, Santa Rita!,* entremés. (Tercera edición.)

*Los ídolos,* comedia en dos actos. (*)

*El pañolón de Manila,* sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

*Correo de gabinete,* entremés. (*)

*El Patio de los Naranjos,* sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

*Punta de viuda,* entremés.

*El milagro de las rosas,* comedia en dos actos. (*)

*La primera de feria,* zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

*Primavera de la vida,* comedia en un acto.

*La casa de los pájaros,* drama en cuatro actos.

*Mañanita de San Juan,* entremés. (Segunda edición.)

*Trini la Clavellina,* zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

*El huerto de los rosales,* zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

*La sal del cariño,* entremés.

*La venda de los ojos,* entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

*La caseta de la feria,* comedia en tres actos.

---

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

*Alfonso XII, 13,* comedia en tres actos. (Segunda edición.)

*La mujer de su casa,* sainete.

*El Otelo del barrio,* sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

*La diablesa,* comedia lírica en dos actos, el segundo dividido en dos cuadros, en prosa, un telón anunciador a manera de prólogo y un intermedio en verso, con música del maestro Francisco Alonso.

*Inmaculada,* comedia en tres actos.

---

*La copla vengadora,* novela.

*La Casablanca,* novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)

PRECIO: TRES PESETAS